



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO IX.— 2.º SEMESTRE DE 1890

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMEROS 309 Y 311


1891





LA ILUSTRACION
artística
MONTANER Y SIMON
EDITORES · BARCELONA ·

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO IX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Una excursión por la marina de Alicante, por Emilio Castelar, 2.
D. Federico de Madrazo y Kuntz, director del Museo Nacional de Pintura y Escultura, 3.
Sección americana. – En las reservas indias, por F. Remington, 6.
Sección científica. – Los pozos artesianos en California, por L. Kuab, 12.
Toda una juventud, por Francisco Copée, 13.
La calavera, por Emilia Pardo Bazán, 18.
Necrología de D. Francisco Jover y Casanovas, por Celestino Pujol y Camps, 19.
La memoria de los nombres, por H., 21.
Sección americana. – Excursión artística al país de los cheyenos, por Remington, 22.
Toda una juventud *(continuación)*, 27.
Sección científica. – El hierro y el carbón, por José Echegaray, 30.
La ciudad de Chicago, 31.
Física sin aparatos. La refracción y dispersión de la luz, 31.
El halcón de caza, por el Dr. Brehm, 34.
Graciosilla, traducido por Enrique L. de Verneuil, 36.
Sección americana. – El caballero sin cabeza, por Wáshington Irving, 38.
Sección científica. – Aparatos registradores de la velocidad, por E. J. Marey, 43.
La fotografía aérea, por G. Tissandier, 44.
Toda una juventud *(continuación)*, 45.
Piña, por Emilia Pardo Bazán, 50.
Guillermo Díez, notable pintor alemán y profesor de la Academia de Munich, 51.
Un retrato, por Rafael María Liern, 53.
Los palomares militares marítimos, 55.
Sección americana. – El caballero sin cabeza *(conclusión)*, 55.
Sección científica. – La navegación submarina, por G. Vitouse, 59.
La ciencia en el teatro. La electricidad aplicada á una escena de las carreras de caballos, 60.
Tronco de árbol encontrado en Pompeya, 60.
Toda una juventud *(continuación)*, 61.
El cuadro de Maura, por Emilio Castelar, 66.
Sección americana. – Bolivia, por D. S., 67.
La justicia, por E. M. de Vogue, 69.
La velocipedia, por M. A., 74.
Sección científica. – Física sin aparatos. Curioso experimento de óptica, 75.
Toda una juventud *(continuación)*, 77.
El único guía, por Angel R. Chaves, 79.
El arte del actor, por Coquelín, 82.
Sección americana. – Morela, por Edgardo Poe, 90.
Sección científica. – El micrógrafo aplicado al estudio de las maderas, por Félix Hement, 91.
La exposición de la cría de la infancia, por F. Landrín, 91.
Toda una juventud *(continuación)*, 92.
A tal amo tal criado, por Julio Monreal, 98.
El arte del actor *(conclusión)*, 99.
La labor científica, por U. González Serrano, 102.
Sección americana. – El demonio de los Andes, por Ricardo Palma, 103.
Sección científica. – La exposición de la cría de la infancia, por F. Landrín, 107.
Toda una juventud *(continuación)*, 109.
Noticias varias, 111.
Aventuras, venturas y desventuras, por Antonio de Valbuena, 114.
Sección americana. – Los caballos de las llanuras, por Federico Remington, 115.
Noticias de América. El correo en un año, 118.
Bocetos marítimos. Rumbo directo, por Federico Montaldo, 119.
El grisú, por P. Gahery, 122.
Sección científica. – Velocípedo marítimo. Ilusiones de óptica. El nivel de agua de largo alcance. La luz solar, 123.
Toda una juventud *(continuación)*, 125.
Noticias varias, 127.
Libracos, por José María Sbarbi, 130.
¡Pobre Felipín!, por Filiberto Osorio, 132.
Sección americana. – El demonio de los Andes *(continuación)*, 135.
El censo de los Estados Unidos, 138.
Sección científica. – Experimentos de electricidad, por E. Hospitalier, 139.
Sepultura galo-romana encontrada en Beauvais, 140.
Toda una juventud *(continuación)*, 141.
La mujer escritora, por José Zulueta, 146.
El blanco y el negro. Cuento, por Luis M. de Larra, 147.
¡O todo ó nada!, por Eduardo Saco, 148.
La Madre Ana Javouhey y la colonización, por Lionel Radiguet, 149.
Sección americana. – El demonio de los Andes *(continuación)*, 151.
Noticias varias, 154.
Sección científica. – El diagramómetro del coronel Kozloff, 155.
Toda una juventud *(continuación)*, 157.
Eleonora Duse, por José Yxart, 162.
El tallista de imágenes, por Julio Lemaitre, 163.
La Madre Ana Javouhey *(conclusión)*, 166.
Sección científica. – Las fundaciones de las grandes pilas del puente de Forth, por G. Richón, 170.
Noticias varias, 170.
Sección americana. – El demonio de los Andes *(continuación)*, 171.
Toda una juventud *(continuación)*, 173.
Una comisión barcelonesa en Italia, por Manuel Aranda, 177.
Sección americana. – El demonio de los Andes *(conclusión)*, 179.
La horma de su zapato, por A. Sánchez Cantos, 182.
Noticias varias, 186.
Sección científica. – Estación de máquinas agrícolas, por G. Mareschal. El cilindrógrafo, 187.
Física sin aparatos, por Gastón Tissandier, 188.
Toda una juventud *(continuación)*, 189.
El salto de la liebre, por A. Sánchez Pérez, 194.
Sección americana. – Una vuelta por México, por E. Hopkinson Smith, 195.
El *do* de pecho, por L. Cánovas, 198.
¡Se parece á Voltaire!, por F. Moreno Godino, 199.
El ferrocarril transsahárico, 202.
Sección científica. – Experimentos de electricidad, 203.
Los puentes de hierro desde el punto de vista estético, por F. Reuleux, 204.
Toda una juventud *(continuación)*, 205.
Noticias varias, 207.
El ánade de edredón, por el doctor Brehm, 210.
Sección americana. – La pechoña, por Eva Canel, 211.
Los copistas en el Museo del Louvre, por Renouard, 214.
El *do* de pecho *(continuación)*, 218.
Los puentes de hierro desde el punto de vista estético *(conclusión)*, 219.
Las arañas, por Félix Hement, 220.
Toda una juventud *(continuación)*, 221.
El águila real, por el Dr. Brehm, 226.
Sección americana. – Una exploración enojosa, por Federico Remington, 228.
La frase final, por José M.ª Matheu, 231.
El *do* de pecho *(continuación)*, 234.
Sección científica. – El telégrafo taquigráfico, sistema A. Cassagnes, 235.
Las proyecciones y la enseñanza, 236.
Toda una juventud *(continuación)*, 237.
La nutria, por el Dr. Brehm, 242.
Sección americana. – Mi tía María, por Mis Greenwood, 243.
Una broma espiritista, por Ricardo Revenga, 244.
Los agoreros, por Salvador Cabeza León, 246.
El *do* de pecho *(conclusión)*, 247.
Sección científica. – Reloj astronómico universal, de M. A. Jourdán. Un refugio en el Monte Blanco (alta Saboya). El *Nevcrsink*, barco insumergible, 251.
Trompo magneto-eléctrico, de M. Truffert, 252.
Noticias científicas. La asfixia producida por las granadas de artillería. El alumbrado eléctrico en Berlín, 252.
Toda una juventud *(continuación)*, 253.
Hechos recientes de Literatura y Artes en Europa, por Emilio Castelar, 258.
Sección americana. – Los azotes de San Simón, por Eva Canel, 259.
Una broma espiritista *(conclusión)*, 262.
El teorema de Pitágoras, por Rafael M.ª Liern, 263.
Las grutas de Koursk (Rusia), 266.
Sección científica. – Las cenizas geológicas, por José Echegaray. Navegación á la vela, 267.
Toda una juventud *(continuación)*, 269.
Aves de corral, por el Dr. Brehm, 274.
Sección americana. – El paraíso perdido, por N' Hawthorne, 275.
La música instrumental y los tres reinos de la naturaleza, por José María Sbarbi, 278.
Juan Sangría, por Antonio de Valbuena, 273.
Sección científica. – El acueducto de Serino y la distribución de las aguas de Nápoles, 283.
Primera ejecución eléctrica, 284.
Toda una juventud *(continuación)*, 285.
Réplica artística al Sr. Castelar, por Juan O-Neille, 290.
Recuerdos de Juan Francisco Millet, por Wyatt Eatón, 291.
Madre Teresa, por Francisco Sánchez de Pirretas, 298.
Fanatismo religioso en la India, 298.
Sección científica. – Las arañas, por Félix Hement, 299.
Pararrayos Ferrer para líneas eléctricas, 300.
Toda una juventud *(continuación)*, 301.
Réplica artística al Sr. Castelar *(continuación)*, 306.
El feldmariscal Moltke, con motivo del nonagésimo aniversario de su natalicio. I, El propietario de Kreisau, por Luis Franz. II, Moltke en familia, por Juan Frisch. III, Moltke como instructor militar, por un oficial alemán, 307 y 308.
El santuario de Kreisau, por F. H., 310.
Fiestas para solemnizar el nonagésimo aniversario del natalicio de Moltke, por H., 311.
La garza, por el Dr. Brehm, 314.
Sección científica. – Arboles notables. Laboratorio ambulante para el ensayo de los cables eléctricos. La medición de las pequeñas fuerzas. La ciencia en el teatro. Marcha por el techo, 315 y 316.
Toda una juventud *(continuación)*, 317.
Réplica artística al Sr. Castelar *(conclusión)*, 322.
Sección americana. – Arqueología mexicana. El monumento de la diosa del agua, por Leopoldo Batres, 322.
Noticias americanas. Los negros de América, 323.
Bocetos marítimos. Lo pasado y el porvenir, por Federico Montaldo, 324.
El tren expreso de la mañana, por Antonio Albalat, 325.
El sentido de la vista y los colores, 330.
Sección científica. – El similígrafo nivel. Polea de diámetros variables sistema Albaret. Un nuevo diamómetro, por J. Lafargue. La ciencia práctica. Registrador de caja, 331 y 332.
Toda una juventud *(continuación)*, 333.
El movimiento literario en la última quincena, por Emilio Castelar, 338.
Sección americana. – Los amores de San Antonio, por Eva Canel, 339.
El Museo de Bulak y el Museo de Gigeh, por G. Maspero, 342.
De Málaga á Granada, por Augusto Jerez Perchet, 343.
Sección científica. – Los aerostatos cautivos en la marina francesa, por Gastón Tissandier. Balanza fotométrica á base de yoduro de ázoe, 347.
Pasatiempos científicos. Experimento de inercia, 348.
Toda una juventud *(continuación)*, 349.
Murmuraciones europeas, por Emilio Castelar, 354.
Los somalís en el jardín de aclimatación de París, por el príncipe Rolando de Bonaparte, 356.
La resurrección de Winyer, por F. M. G., 357.
Sección americana. – Los amores de San Antonio *(continuación)*, 359.
Sección científica. – El alumbrado por medio del gas comprimido, 363.
La ciencia práctica. Tetera automática, 364.
Toda una juventud *(continuación)*, 365.
Baldomero Galofre y su «España pintoresca,» por M. A. C., 370.
La esposa del hombre célebre, por G. C., 371.
Enmendar la plana á Dios, por Rafael María Liern, 372.
Sección americana. – Los amores de San Antonio *(conclusión)*, 374.
Sección científica. – El análisis de los vinos, por A. Hebert, 379.
Nuevo puente colgante militar, 380.
Toda una juventud *(continuación)*, 381.
Murmuraciones europeas, por Emilio Castelar, 385.
Sección americana. – El mate, por el Dr. Hugo Toeppen, 388.
El teatro. Hombres, gentes y cosas. *Cleopatra*, drama en cinco actos y seis cuadros de Victoriano Sardou y Emilio Moreau, 387.
Los parlamentos de Europa. I, Inglaterra, por X., 391.
Los hombres de bien, por Agustín González Ruano, 394.
Toda una juventud *(conclusión)*, 395.
Sección científica. – Velocípedo náutico-terrestre. Lámpara eléctrica de acumuladores para minas, 398.
¡Nochebuena!, por F. Moreno Godino, 401.
Sección americana. – Blanco y rojo, por Arturo A. Jiménez, 403.
«La reina.» Crónica contemporánea, por Alejandro Larrubiera, 405.
Los parlamentos de Europa. II, Austria, por X, 407.
Los buitres, por el Dr. Brehm, 410.
Sección científica. La «Exchange Telegraph Company» de Londres y sus instalaciones, por E. Thomas. La electricidad, 411.
Ladrona por amor, por J. Berr de Turique, 413.
Murmuraciones europeas, por Emilio Castelar, 418.
El diente del caballo, por A. Sánchez Pérez, 420.
Sección americana. – El exterminio de los bisontes en América, por Emilio Cartailhac, 420.
Correos del imperio de los Incas, por el doctor Brehm, 422.
Los parlamentos de Europa. III, Noruega, por X, 423.
El último abrazo, por E. Sánchez de Fuentes y Peláez, 426.
Sección científica. – Los efectos del rayo en las distintas especies de árboles, por el Dr. H. Schmidt, 427.
Las riquezas del mundo subterráneo, 428.
La gloria, por Claudio Couturier, 429.

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO IX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

El lazarillo de Tormes, obra escultórica de don Antonio Susillo, 1.
D. Federico de Madrazo y Kuntz, director del Museo Nacional de Pintura y Escultura, 3.
Pelegrín Clavé, director que fué de la Academia de San Carlos de Méjico, 3.
Manuel Vilar, escultor y profesor que fué de la Academia de San Carlos de Méjico, 3.
Joaquín Espalter, pintor de historia, profesor que fué de la Escuela Superior de Pintura y Escultura de Madrid, 4.
Claudio Lorenzale, director que fué de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, 4.
Las Marías en el Sepulcro, cuadro de D. Federico de Madrazo, 5.
Sección americana. – Carrera de caballos á la meta, 6.
El autor de un croquis, 6.
India apache llevando raciones, 6.
Distribución de carneros en la agencia de San Carlos, 7.
Preparativos para las carreras, 7.
Indio klowa al galope, 7.
La cata del vino, cuadro de José Benlliure, grabado por Sadurní, 8.
La última hora de la jornada, cuadro de don Baldomero Galofre, grabado por Sadurní, 9.
Indio apache, 10.
Indio tomando su medicina, 10.
Descanso, 10.
Indio comanche, 11.
Indios cheyenos, 11.
Sección científica, dos grabados, 12.
Entusiasmo artístico, dibujos de A. Scheiner, 16.
D. Francisco Jover y Casanovas, pintor espa-

ñol, fallecido en Madrid en 19 de febrero de 1890, 17.
Taller de D. Francisco Jover y Casanovas, 19.
La conquista de Orán, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas, 19.
El tratado de Cambray, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas, 20.
Un trovador, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas, 20.
Los jugadores, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas, 21.
Ultimos momentos de Felipe II, cuadro de don Francisco Jover y Casanovas, 21.
Sección americana. – Indio cheyeno, 22.
El guía de M. Remington hablando por señas con un viejo arapahoe, 22.
Un explorador arapahoe, 22.
Campamento cheyeno, 22.
Un policemán de la agencia, 23.
El intérprete B. Clark, 23.
Indio comanche, 23.
Indio arapahoe herrando á los bueyes, 23.
Cristóbal Colón en la corte de Isabel la Católica, cuadro de Brozick, grabado por Baude, 24 y 25.
Caza de novillos, 26.
Agencia cheyena, 26.
Sección científica, dos grabados, 30.
Física sin aparatos, un grabado, 31.
Monumento erigido en honor de Gordon, en Chatam; inaugurado por el príncipe de Gales en 12 de mayo, 32.
Alegoría del candor y de la inocencia, obra del famoso escultor español Alonso Cano; propiedad de D. Eduardo Vilches, de Lorca, 33.
El halcón común, 34.
El halcón de mano, 35.
La siesta en un rancho del Far West americano, cuadro de María Halloh Foote, 38.
El escándalo, grupo escultórico de D. José Campeny, 39.
Un lance de honor, cuadro de F. Dadd, 40.
¡Va carta!.. dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés, autor del cuadro *Un moro,* recientemente vendido en Londres en 50.000 pesetas, 41.
Electra, cuadro de E. Teschendorf, 42.
Sección científica, dos grabados, 43.
La fotografía aérea, dos grabados, 44.
Un consonante, por Albert Guillaume, 48.
El cepillo de las ánimas, fragmento de un cuadro de D. José Benlliure, 49.
Guillermo Diez, notable pintor alemán y profesor de la Academia de Munich, 51.
Partida de campo de nobles alemanes á principios del siglo XVIII, cuadro de Guillermo Díez, 51.
Episodios de la guerra de los aldeanos de 1525, dibujo de Guillermo Díez, 52.
Ataque de aldeanos, dibujo de Guillermo Díez, 52.
Merodeadores, dibujo de Guillermo Díez, 52.
¡Robado!, cuadro de Guillermo Díez, 53.
Escenas de la vida del Lansquenet, cuadro de Guillermo Díez, 54.
La cantinera, cuadro de Guillermo Díez, 54.
El vivandero, cuadro de Guillermo Díez, 55.
Llamo para un bautizo, cuadro de Chevillard, 56.
La Revolución, grupo destinado al monumento que en honor á Garibaldi se levantará en Milán, escultura de Héctor Jiménez, grabado de Mancastroppa, 57.
Sección científica, cuatro grabados, 59.
Una carrera de caballos en el teatro de la Unión Square, de Nueva York, 60.
Tronco de árbol encontrado en Pompeya, 60.
La isla de Helgoland, cedida recientemente por Inglaterra á Alemania, 64.
Luchadores, cuadro en yeso de M. Félix Charpentier (premio de honor del Salón de París de 1890), 65.
Sección americana. – Bolivia. Vista panorámica de La Paz, 67.
La Paz. Calle del Comercio, 67.
La Paz. Fachada del Museo, 67.
La Paz. Avenida central del Prado, 68.
La Paz. Indios arrieros, 68.
La Paz. Plaza de Armas, 68.
Santa Isabel y el milagro de las rosas, cuadro de L. Max Ehrler, 72.
Fulvia en el momento de atravesar con su alfiler de oro la lengua de Cicerón, cuadro de Maura, 73.
Sección científica, un grabado, 75.
La pólvora sin humo, dos grabados, 75.
Mecánica de objetos usuales, tres grabados, 76.
Amorcillo castigado, cuadro de Luisa Max Ehrler, 80.
Coquelín, en el papel de Destournelles de la comedia «Mademoiselle de la Seiglière, 81.
El arte del actor, por Coquelín, 24 grabados, 82, 83, 84, 85, 86 y 87.
Pietá, cuadro de Arnaldo Bocklin, 88.
Retrato de Gevartius, copia del famoso cuadro de van Dyck, conceptuado como uno de los mejores de su ilustre autor, 89.
Sección científica, ocho grabados, 91.
La Exposición de la cría de la infancia, cuatro grabados, 92.
Casa pensión para perros, 96.
En el palco, cuadro de Pedro Sáenz, grabado por Sadurní, 97.
El arte del actor, por Coquelín, nueve grabados *(conclusión),* 99, 100, 101 y 102.
Ultimos momentos de Iván el Terrible, cuadro de D. I. Mokowski, 104.
Buzo de playa (estatua en mármol), de Mariano Benlliure y Gil, 106.
Sección científica, seis grabados, 107 y 108.
Fotografía instantánea, dos grabados, 108.
El día del barniz, dibujo de Marold, 112.
Estatua de Colleoni, célebre general de la República veneciana (monumento existente en Venecia), impresión fototípica, 113.
El primero de la raza, 115.
Antiguo montañés con sus jacas, 115.
Jaca de Lexas, 116.
Caballo del Noroeste del Canadá, 116.
Yeguas escarbando la nieve, 116.
Grupos de caballos, atacados por los lobos, 117.
Caballo español del Norte de México, 117.
Yegua india, 118.
El bronco en el paseo, 118.
Carmencita, cuadro de J. de Sanctis, grabado por Bung, 119.
Cimborrio de la magnífica catedral de Burgos, 120.
Olot, cuadro de Laureano Barrau, 121.
Sección científica, dos grabados, 123.
El nivel de agua de largo alcance, dos grabados, 124.
Medallón de San Jorge, frontón de la Audiencia de Barcelona, 128.
Retrato de M. Luis Français, decano de los paisajistas franceses, grabado de Baude, 129.
La Beatriz del Dante, retrato tomado del cuadro de Hugo van der Goes, existente en la Galería Arcispedale de Santa María la Nueva, en Florencia, 132.
El compositor, cuadro de R. Poetzelberger, 133.
Una excursión por el lago, cuadro de Fernando Heilbuth, 134.
Estatua de Jacinto Rigaud, inaugurada en Perpiñán el día 20 de julio último, 135.
Venturosos días de primavera, 136.
Las lavanderas, cuadro de D. Tomás Muñoz y Lucena, 137.
Sección científica, seis grabados, 139 y 140.
Una venganza, 144.
Venta de un esclavo, cuadro de Veraschagín, 145.
Monumento elevado en Troyes á la memoria de los soldados del departamento del Aube, muertos en la guerra de 1870 á 1871, grupo de M. Boucher, 147.
Una calle de Lucerna, cuadro al óleo de D. José María Marqués, 148.
El monumento de Hondschoote, obra del escultor Darocq, 148.
Apunte, de Eugenio Delacroix, 149.
Otoño, cuadro de W. Bernatzik, 150.
Cruzando el riachuelo, cuadro de Carlos de Bergen, 151.
El rey Enrique VIII de Inglaterra, cuadro de Juan Holbein, 152.
Venta de pescados en las playas holandesas, cuadro de Juan de Bartels, 152.
Sección científica, dos grabados, 155.
Muerte de Gul-Baba, cuadro de Francisco Eisenhut, 160.
El mercado de flores en París, cuadro de A. Lonza, 161.
Combate en el púlpito de San Agustín de Zaragoza, cuadro de César Alvarez Dumont, 168.
Eleonora Duse en sus principales creaciones, 169.
Sección científica, tres grabados, 170.
Billete amoroso, estatua de G. van der Straeten, 171.
Encantos primaverales, cuadro de J. R. Wehle, 176.
Viaje de la comisión barcelonesa á Italia. Vista de la Basílica de la Superga en Turín, donde está enterrado el príncipe Amadeo de Saboya, 177.
Regatas á remos, cuadro de F. Vezín, 179.
El elefante y los cocodrilos, dibujos de Robley, 181.
El tormento, estatua de Felipe Cifariello, dibujo de E. Ximenes, 183.
Tomás Alva Edisson, célebre electricista norteamericano, 184.
Sección científica, seis grabados, 187 y 188.
El caballo saltador y la fotografía instantánea, 192.
El favorito, grupo escultórico de G. van der Straeten, 193.
Copa de metal cincelado, 194.
Mercado del Canal, 195.
Iglesia de la parroquia en Guanajuato, 195.
El patio de un bienhechor, 196.
Carretera de Aguas Calientes, 196.
Una calle de Aguas Calientes, 197.
Arcadas de Aguas Calientes, 197.
En torno de los confesonarios, 197.
Virgen adorando al Niño Jesús, relieve en mármol de Mino da Fiosole, existente en el Museo de Berlín, 199.
Contemplación, tomado de *The Illustrated Sporting and Dramatic News,* 200.
Después de la corrida, cuadro de D. Juan de Guzmán, 201.
Sección científica, cinco grabados, 203 y 204.
El estreno de un sombrero, 208.
Vigo. Monumento erigido en honor de Méndez Núñez, obra del escultor D. Agustín Querol, 209.
El ánade de edredón, 210.
Santo Tomás de Aquino, estatua de César Aurelli, para cuyo examen salió por vez primera del Vaticano S. S. León XIII, 211.
Vista del Zoco de Fuera, Tánger, 213.
Los copistas en el Museo del Louvre, 5 grabados, 214 y 215.
En amorosa contemplación, cuadro de Marco Stone, 216.
Sección científica, seis grabados, 219 y 220.
La Alhambra. Patio de los Arrayanes. Vestíbulo que precede á la Sala de la Barca, casi destruído por el fuego, 224.
Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Ríus y Taulet, primer marqués de Olérdola, alcalde que fué de Barcelona, fallecido el 26 de septiembre, 225.
Marcha por el desierto, 227.
Silla de montar para viaje, 227.
Subiendo una cuesta, 227.
Un arriero, 228.
Una charca en el desierto, 228.
Marcha por las montañas, 229.
Escena del campamento, 229.
Un percance, 230.
Alto por el camino para afianzar los fardos, 230.
Lenguaje mímico, 230.
Bajando una cuesta, 231.
Un trago de brandy, 231.
Salón Parés. El duelo interrumpido, cuadro de D. José Garnelo, 232.
Sección científica, siete grabados, 235 y 236.
Monumento erigido en Verjux en honor de Mme. Boucicaut, fundadora del Bon Marché. Obra del arquitecto M. Boileau y del escultor M. Perrey, 240.
La tradición, escultura de D. Venancio Vallmitjana, 241.
La nutria, 242.
Visita interesada, cuadro de E. Pratje, 243.
Una partida de sacanete, cuadro de W. Schwar, 245.
Aposentadores del ejército ruso en tiempo de maniobras, dibujo de Cokolobckaro, 245.
Monumento erigido en Módena en honor de Víctor Manuel, obra del escultor Ghibellini, 247.
En el jardín, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude, 248.
Pescador de almejas, cuadro de D. Dionisio Baixeras, grabado por Baude, 249.
Sección científica, siete grabados, 251 y 252.
Más vale llegar á tiempo que esperar un año, 256.
El padre Piquer, fundador de la Caja de Ahorros de Madrid, estatua de D. José Alcoverro, 257.
Elena, cuadro de Conrado Kiesel, 259.
El pequeño egoísta, cuadro de J. Dvorak, 261.
En las dunas de Katwyk, cuadro de Juan Bartels, 263.
Pescadores de maderos en el lago de Constanza, cuadro de J. Wopfner, 263.
Toledo. Puerta del claustro, en el Museo de San Juan de los Reyes, 264.
Marte, estatua de D. José Alcoverro, 265.
Sección científica, cinco grabados, 267 y 268.
Santos Lugares. Betlhem, 272.
Desigualdad conyugal, cuadro de Poetzelberger, 273.
Pato ó ánade silvestre, 274.
Un episodio de la infancia de Garibaldi, escultura de C. Fontana, 275.
Ensueño en el claustro, escultura de L. de Lucca, 275.
Mensajeros de la primavera, dibujo de María Laux, 277.
Un trompetazo, cuadro de Barison, 277.
Joven romana, dibujo de Casimiro Tomba, 279.
Exposición de cerámica de Roma, 1889. Plato de mayólica expuesto por el Cab. Vicente Funghini, 279.
Plato caffaggiolo expuesto por el Sr. Torcuato Castellani, 279.
Una profesión religiosa, cuadro de A. Fellmann, 280.
Ante el juez, cuadro de Otón Baditz, 281.
Sección científica, cinco grabados, 283 y 284.
Buenos amigos, dibujo de Guillermo Schade, 288.
Verdugo marroquí, cuadro de José Signorini, 289.
Juan Francisco Millet y diecisiete grabados, 291 á 295.
La octogenaria, cuadro de Alejo Douillard, 296.
Estrella matutina, cuadro de D. L. Alvarez, 297.
Sección científica. – Seis grabados, 290 á 300.
Estatua del Excmo. S. D. Práxedes Mateo Sagasta, modelada por Pablo Gibert, 304.
El general conde de Moltke, nueve grabados, 305 á 314.
Maniobras militares en Calaf, 312.
Sección científica, seis grabados, 315 y 316.
El primer hecho de armas, por A. Pons, 320.
Alfredo Tennyson, eminente poeta inglés, grabado de T. Johnson, 321.
El monumento de la *Diosa del Agua,* de Teotihuacán (México) recientemente transportado al Museo de México, 323.
El monumento de la *Diosa del Agua,* colocado en el carro de transporte, 323.
Transporte del monumento, 323.
El tren expreso de la mañana, dos grabados, páginas 325 y 327.
Broma pesada, tomado de *The Illustrated London News,* 328.
Apio Claudio en el senado romano, copia de un fresco de César Maccari, 329.
Sección científica, seis grabados, 331 y 332.
Los hermanitos, cuadro de José M. Marqués, 336.
La primera novela, cuadro de L. Winnigerode, 337.
En la celda del pintor, cuadro de Vicente Volpe, grabado por Bong, 339.
Las representaciones de la Pasión en la aldea de Ober-Ammergau. Camino de Ober-Ammergau, 340.
Espectadores dirigiéndose al teatro, 340.
Durante la representación de la Pasión en el teatro de Ober-Ammergau, 341.
El Museo de Bulak y el Museo de Gizeh, tres grabados, 342 y 343.
Fiesta popular en Venecia, cuadro de F. Zonaro, 344.
El hospital Alexandra para niños enfermos de coxalgia (Londres). La sala de Schachnar. Visita de la mañana, 345.
Sección científica, cinco grabados, 347 y 348.
Ilusión óptica, 352.
Vanidades mundanas, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude, 353.
Los somalís en el Jardín de Aclimatación de París, 355.
Farrach Adén, joven somalí de veintiséis años, 355.
Egge Cherbaache, joven somalí de veintiún años, 355.
Mujer somalí con su hijo pasando por delante de los visitantes del Jardín de Aclimatación, 356.
Omar Yussuf, joven somalí de veinte años, 356.
Samawota Duali, muchacha somalí, de veinte años, 356.
La resurrección de Winzer, cinco grabados, 357 á 359.
Muchachas napolitanas ensartando perlas, cuadro de Edmundo Pury, expuesto en París, 360.
El día antes de la separación, cuadro de W. Rayner, 361.
Sección científica, seis grabados, 363 y 364.
El castillo de Roger de Lauria en Basilicata (Italia), 368.
España pintoresca, estudios del natural por Baldomero Galofre, reproducción directa del álbum del artista, 369.
España pintoresca, estudios del natural por Baldomero Galofre, reproducción directa del álbum del artista, 371.
España pintoresca, estudios del natural por Baldomero Galofre, reproducción directa del álbum del artista, 373.
España pintoresca, estudios del natural por Baldomero Galofre, reproducción directa del álbum del artista, 375.
Sección científica, cinco grabados, 379 y 380.
El doctor Roberto Koch, descubridor del *bacillum* de la tuberculosis y del procedimiento para curarla, 384.
Una desgracia, cuadro de don José Jiménez Aranda, 385.
Los autores de Cleopatra MM. Moreau, Sardou y Leroux, cinco grabados, 387 y 388.
Mate de barro, 389.
Mate ó te del Paraguay, 389.
Mate de plata, 389.
Bombilla de plata, 389.
Bombilla de caña, 389.
El palacio del Parlamento en Londres, 391.
Entre viejos infolios, cuadro de Ed. Grussner, 392.
El Divino Pastor, copia del precioso cuadro de Murillo, grabado por Baude; existente en el Museo del Prado de Madrid, 393.
Sección científica, dos grabados, 398.
Guillermo Mac Kinley. Autor del *bill* de su nombre, recientemente puesto en vigor en los Estados Unidos, 400.
La Adoración de los Pastores, grupo escultórico de Weltring, 401.
Monumento erigido en Rouen á la memoria de Gustavo Flaubert. Obra del escultor M. Chapu, 403.
El eminente pintor francés M. Jhon-Lewis-Brown, recientemente fallecido, 405.
La estacada del Nilo, recientemente terminada por el ministerio de Obras Públicas de Egipto, bajo la dirección de Sir Collin Scott Moncrieff, 405.
El palacio del Parlamento austriaco en Viena, 407.
Víctimas y verdugos, dibujo á la pluma de don J. Luis Pellicer, 408.
La Presentación á los Pastores, cuadro de Murillo, grabado por Baude; existente en el Museo del Prado de Madrid, 409.
El buitre fraile, 410.
Sección científica, tres grabados, 411 y 412.
Ladrona por amor, tres grabados, 413 y 414.
¿Le quieres mucho?, cuadro de Egisto Lancerotto, 416.
Toledo. Colegio de infantería, antes hospital de Santa Cruz ó de los Niños, 417.
Aficiones artísticas, cuadro de César Tiratelli, 419.
Matanza de bisontes por los indios, 421.
Bisontes cercados por los indios en los Estados Unidos, 421.
Caza de bisontes en el ferrocarril *Kausas-Pacific,* Estados Unidos, en 1872, 421.
Palacio del Parlamento noruego en Cristianía, 423.
Lección de Catecismo, cuadro de D. José María Marqués, 423.
Violinista, estatua del célebre escultor D. José Reynés, 425.
Sección científica, nueve grabados, 427 y 428.
La gloria, dos grabados, 429 y 430.
Niños cantores, bajo relieve de Lucca della Robbia, 432.



AÑO IX — BARCELONA 1.° DE JULIO DE 1890 — NÚM. 444

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Francisco de las Barras

EL LAZARILLO DE TORMES, obra escultórica de D. Antonio Susillo

Exposición de Bellas Artes de Madrid

SUMARIO

Texto. – *Una excursión por la Marina de Alicante*, por Emilio Castelar. – *D. Federico de Madrazo y Kuntz*, por la Redacción. – Sección americana: *En las Reservas indias*, escrito é ilustrado por F. Remington, y traducido por E. L. de Verneuill. – Sección científica: *Los pozos artesianos en California; Lanchas á vapor de nafta* (de *La Nature*). – *Toda una juventud*, por Francisco Coppée (ilustraciones de Bayard, grabado de Huyot). – *Nuestros grabados*. – *Noticias varias*.

Grabados. – *El Lazarillo de Tormes*, obra escultórica de don Antonio Susillo (Exposición de Bellas Artes de Madrid). – *D. Federico de Madrazo*, director del Museo Nacional de Pintura y Escultura (de fotografía). – *Pelegrín Clavé*; *Manuel Vilar*; *Joaquín Espalter*; *Claudio Lorenzale* (retratos), por D. Federico de Madrazo. – *Las Marías en el sepulcro*, cuadro de D. Federico de Madrazo. – Sección americana: *Carrera de caballos indios llegando á la meta*; *El autor sacando un croquis*; *India apache llevando raciones*; *Distribución de carneros en la Agencia de San Carlos*; *Preparativos para las carreras*; *Indio kiowa al galope*; *Indio apache*; *Descanso*; *Indio tomando su medicina*; *Indio comanche*; *Indios cheyenos*. – *La cata del vino*, cuadro de José Benlliure. – *La última hora de la jornada*, cuadro de Baldomero Galofre (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890). – Sección científica: *Surtidor que brota de un pozo artesiano de Riverside* (California); *Pozo artesiano de los alrededores de Riverside* (California), *estanque de aereación del agua*. – *Entusiasmo artístico*, dibujos de A. Scheiner.

UNA EXCURSIÓN

POR LA MARINA DE ALICANTE

En la tarde del diez y nueve de septiembre recorría yo, en unión de varios amigos, la distancia entre Denia y Benidorm, por la carretera que conduce de Alicante á Silla. Mi fraternal amigo D. Juan Thous, con la esplendidez propia de su carácter y digna de su fortuna, me había enviado á Denia, donde yo veraneaba, los coches necesarios, tanto para mí como para mis compañeros de viaje. Así pudimos distribuirnos á nuestras anchas, contando, como contábamos, para dos vehículos, con doce caballos. En la berlina de nuestro anfitrión íbamos D. Jaime Morand, alcalde de Denia, y yo. Bien puede asegurarse que aquí empiezan, en los comienzos de la carrera, las alegrías que procura un viaje meridional. La grande animación de todo lo que os rodea os anima también. Gritan los cocheros y demás conductores á una; chasquean los látigos, que hacen como chispear el aire; tañen las campanillas una especie de cadencia muy semejante á los castañeteos y balanceos del baile andaluz; toma el movimiento algo del relámpago; y parece que vais, por el fragor, así como por el vértigo de la carrera, en una especie de tonante nube, cual aquellas puestas bajo las plantas de los personajes homéricos en la hermosísima *Iliada*. El campo brilla por una singularidad en Denia. Tiene, como todas estas marinas esplendorosas, mucha vegetación, montes muy altos, playas muy bellas, mares muy celestes; pero se distingue de cuanto lo rodea en todas direcciones por las casas de recreo que todo lo adornan y esmaltan con las varias maneras de su arquitectura y con las muchas plantas de sus jardines. En Ondara cambia la naturaleza del paisaje. Quédase á la derecha el mar, como una mayor condensación del aire; á la izquierda el Monte Mongó, visto por la espalda, que parece una eminencia desconocida y nueva; el campo, muy feraz de suyo, pierde las quintas que por tal singular manera hermosean los campos anteriores. Ondara posee un talismán, cuyo prestigio solamente pueden comprender aquellos que hayan residido algún tiempo en las comarcas meridionales; posee una fuente, clara, pura, copiosísima. Tanto en las poesías árabes como en las poesías hebreas, y tanto en las poesías hebreas como en las poesías helénicas, el manantial fluye, no sólo agua, inspiración también. La nube por los aires y la fuente por los suelos, llevan en sí vapores y rocíos de múltiples pensamientos. Por eso no podéis representaros la mujer oriental sino con el ánfora sobre la cabeza, que la realza como una espléndida diadema de reina. Por eso las populares asambleas se tenían, y los templos mayores se levantaban, cerca de las fuentes. El espectáculo de un anochecer estival en Ondara, cuando las mujeres llegan á recoger el agua en sus odres y cántaras, me recuerda lo que refieren las historias de los manantiales, y de las gentes á su alrededor asociadas, en las puertas de Nazareth ó de Belén. ¡Cuántas veces, á la vuelta de una senda, la campesina, encontrada por acaso, que se detiene junto á la cisterna y bajo la palmera, nos evoca la samaritana del Evangelio al escanciar el agua para Cristo, y beber ella en cambio de los divinos labios la eterna religión del espíritu!

Mas continuemos nuestro viaje. Un largo trayecto media entre Ondara y Benisa. En tal trayecto cambia dos ó tres veces la decoración ó paisaje. A las feraces planicies recorridas suceden montes altísimos, pero todos cultivados por prodigiosa manera. En las aristas más agrias de los cerros más altos, por los despeñaderos más abruptos, sobre los mismos cauces del desecado torrente, la fuerza del hombre ha tendido una gradería de bancales, con tal artificio compuestos como las macetas mismas de un jardín ó de una estufa, pues muchos han sido rellenados de tierra vegetal, y otros hechos en puntos donde parece que sólo podría recoger el aguilucho las cosechas. Hablen lo que quieran cuantos se atienen á las vulgaridades aceptadas con facilidad y frecuencia del carácter perezoso que se atribuye á los meridionales: viendo uno tales fortalezas, en guisa de murallas, erigidas con tamaño esfuerzo al fin de contener las tierras tras los ribazos y evitar las avenidas en los ramblares, cerca unas del pico de las montañas y junto al borde otras de los abismos, no puede menos que admirar el trabajo creador, á cuya virtud presta culto nuestra raza, que parece dotada con el don de los milagros.

Antes de perdernos en el valle de Benisa no pudimos menos que admirarnos del Calvario de Teulada, verdaderamente poético, y que prueba la intuición artística del pueblo á nuestra izquierda levantado. En colina de corte muy gracioso y de muy regular estatura, se abre una escalera de gradería muy proporcionada, que, por la falda, va subiendo desde la raíz hasta la cima; en uno y otro lado capillejas, allí abiertas, y adornadas con viejos pasos de la Pasión, sobre losas de manises impresos, recuerdan el poema místico de nuestra redención religiosa, y provocan el rezo de las gentes; sendos cipreses jóvenes, parecidos en su eclesiástico aire á mangas de parroquia y á cirios de túmulos, álzanse á los dos costados de las capillejas, formando como una inmensa procesión de litúrgicas sombras ó de fantásticos penitentes; arriba, entre dos árboles de la misma especie, pero mucho más altos y gruesos, que revelan siglos y siglos de vieja edad por su corpulencia y por su solidez, álzase la ermita coronada por una rotonda esférica, que, cubierta con tejas blancas y celestes, reverbera el día en sus tintes metálicos, y brilla como una tiara de pedrerías en el seno de un cielo celeste y al pie de unas montañas semejantes á moles de coral y oro. El valle de Benisa tiene todos los caracteres propios de una gran hoya, en el centro de montañas meridionales abierta, y parecida tanto al fondo de un lago desecado como al cráter de un inmenso volcán geológico, ya del todo extincto. La pureza de aquellos aires y la elevación de aquel terreno mantienen una vigorosísima raza muy dispuesta de suyo al trabajo agrícola. En todos estos términos admira la cantidad especialísima de los vegetales y de sus frutos. El mirto y las adelfas crecen por las umbrías y al borde mismo de los torrentes; el robustísimo algarrobo aparece como un árbol de jardín ó paseo por el dibujo de sus copas y el corte de sus follajes; aquí la higuera destila sus mieles; allí el olivo, de un color entre plateado y ceniza, guarda sus frutas, que tienen luz disuelta en sus huesos y fibras; donde quiera que hay un poco de humedad el nogal verdea brillante, y en lo más árido el almendro presenta sus aterciopelados zurrones, en los cuales encierra las frutas, bañadas en gomas transparentes, prometiendo aquellos gallones blancos parecidos á cuajada leche y al paladar tan sabrosos; entre los pedregales ya el áloe con sus candelabros parecidos á ramas de girasol, ó ya el nopal con sus chumbos; á las puertas de muchas viviendas la palmera; todo lo cual compone un verdadero Edén como los conocidos en Asia y en Egipto, llenos de vida tan intensa, y en esta exuberancia de vida dulcificados por un clima tan benigno, que sólo se necesita respirar para vivir en aquel océano incomparable de vivificadores efluvios.

Pero lo verdaderamente asombroso faltaba todavía, la hoya, ó mejor, el circo amplio de Calpe. Así que dejamos á nuestras espaldas Benisa, el mar apareció allá, muy abajo, como en el abismo. No puede formarse uno idea del país aquel, por faltarle á la imaginación nuestra medios de comparar tantos objetos dispares como allí se juntan en bruscos y violentísimos, pero armoniosos contrastes. Lo que siempre me ha maravillado en Isaías, en Shakspeare, en Calderón, en Víctor Hugo, en nuestro sublime Zorrilla, en todas las imaginaciones titánicas y ciclópeas, la increíble aproximación de cosas é ideas, que parecen separadas por todos los espacios del espíritu y por todo el eje de la lógica, encuéntrolo como realizado en esta tierra capaz de juntar el idilio con la tragedia real. Cuentan de Sicilia que lo pasmoso allí es la vela blanca latina en el mar azul, el copo de coral y ámbar en las riberas marmóreas, el vergel de naranjales entre los setos de granados y las guirnaldas de jazmines y madreselvas, mientras arriba el Etna con sus tempestades y sus erupciones y sus terremotos y sus lavas y sus incendios y sus estremecimientos eternales. Algo así veréis en Granada, si observáis el contraste maravilloso de los ventisqueros recién amontonados en el pico de Muley-Hacén, con los volcanes de antiguo extinctos en los altos de Sierra Elvira. El paisaje de Caspe, que la serpenteante carretera os ofrece desde Benisa y sus contornos hasta el Mascarat y sus breñas, entra por privilegio natural en el hermoso índice de los anteriores paisajes. Contrastes indecibles en él reinan. Junto á los pinares verdaderamente selváticos, que recuerdan el melezo helvecio por su color oscuro, purpurean como rojos arreboles de un ocaso meridional esos granados con sus frutas que recuerdan Jafa y Damasco. El pino de Italia, más verde que las albahacas del Carmen, enlaza los ramajes férreos con la palma de Oriente, más cadenciosa que una endecha semita ó una profecía hebraica. Entre despeñaderos inaccesibles cuelgan, como canastillas pendientes de invisible hilacha, ó como nidos formados por las aves, jardines que parecen prontos á caer en los abismos. Las casitas blancas, rodeadas de parrales, á que prestan multicolores matices los aires de septiembre, recordaban con su blancura y sus guirnaldas la musa de Mileto, al saltar de los promontorios de Leucades á las aguas azules para extinguir en la eternidad una sed tan insaciable como la que despierta el amor eterno. Los colores, sobre todo, forman como una paleta de pintor veneciano inmensa y como una serie de cuadros en que predomina la brillante coloración de los reverbeos metálicos y de las lacas portentosas. Aquí una extensión terrosa, por caliza, que blanquea como ampos de nieve; allí una breña de morado amatista, que se transparenta y aeriforma; un poco lejos cresterías de azul celeste que brillan como lapis-lázuli sobre faldas de montes violáceos que creeríais gigantescos vasos murrinos; por doquier una especie de pedrería chispeante como las esmeraldas ó como los rubíes, produciendo en seco unos iris tan fingidos, pero tan hermosos, cual esos espejismos vislumbradores en los ardientes arenales por los desiertos líbicos, orgía de colores que ofendiera la vista y el gusto de no hallarse dulcificada por la gasa de un aire mitigador que aminora todos los excesos chillones, y por la virtud eficaz de unos largos y de unos lejos enormes, que todo lo templan y armonizan.

Entre tantas maravillas resaltan el peñón de Ifach y el collado de Calpe. Las gentes dicen que Ifach se parece mucho á Gibraltar. Confieso mi delito: aunque haya pasado yo veinte horas de mi vida en Gibraltar, las emociones de un patriotismo exaltado diéronme una fiebre tan intensa, que apenas recuerdo en sus delirios el objeto productor de aquel estado patológico mental, y por consecuencia el término de la comparación. Pero no cabe duda que Calpe revela su origen fenicio, tanto más de creer, cuanto que por la Nueva Cartago los fenicios ó cartagineses ó púnicos se difundieron en estas costas, cual, por Ofiunza ó Ibiza, por Rodas ó Rosas, por Zacyntho ó Sagunto, se difundieran también los griegos, de cuyas competencias y emulaciones provinieron la segunda y tercera guerra púnica que acabaron por destruir la Tiro africana y por entregar al pueblo romano el territorio español. ¡Cuán vario el peñón de Ifach se ofrecía en los recodos del camino á nuestros ojos! Unas veces, mirado con detención desde las costas, semeja los templos antiguos del Oriente indio, las pagodas inmensas, sobre cuyos pavimentos y entre cuyos intercolumnios pueden las divinidades múltiples del panteísmo antiguo andar, porque no tocan en la techumbre con sus frentes, ni con sus cuerpos en los intercolumnios se detienen, ó enredan; otras veces lo creeríais una esfinge de la Nubia, tallada en los granitos egipcios y tendida en los arenales inmensos: cuando nosotros lo vimos por sus espaldas, encharcado en las aguas del mar, angosta y tenazmente unido á la tierra por arista que semejaba colosal esternón; con una cumbre que toma corte de cabeza, parecióme cetáceo ciclópeo, de los pertenecientes á ciertas edades geológicas, en que las ranas tenían el volumen de los bueyes, como los helechos la estatura que tienen hoy los encinares; y todos estos gigantes del mundo animal se arrastraban en océanos bituminosos, entre islas flotantes impelidas por los huracanes, y bosques de cuyos restos han brotado las cuencas carboníferas donde yacen hoy los minerales que arden. Cuanto más lo miraba parecíame más un megaterio dormido, en cuyos huesos el viento ha depositado tierra vegetal, y la tierra vegetal ha producido manto de arbustos enanillos con flores microscópicas juntas con hinojo marino y lirios areniscos; me pareció Ifach, este pedregoso y colosal promontorio, que cambia, como el fabulosísimo Proteo, de aspectos, según las horas del día y los varios sitios de donde abrazáis en su maravilloso conjunto el sublime titán, maravilla de las maravillas en estos sitios de tantas y tan incomparables bellezas.

Pues, en orden distinto y en escala de otra serie diversa, el collado presenta iguales rarezas. Llámase así, collado de Calpe, á un conjunto de riscos y breñas, tan complicado é inextricable como un laberinto.

Sus rocas peladas sobrepónense como los dólmenes celtas donde sacrificaban los antiguos sacerdotes druidas. Rocas férreas, de color entre áureo y rojizo, con forma de llamas volcánicas subiendo á las alturas etéreas, os detienen á cada minuto en vuestro camino y os dan una especie de pena, por creeros allí perdido, é incapacitado para salir, ni con pasos atrás, ni con pasos adelante. Sublime silencio reina por aquellos riscos solitarios. Esta soledad extiende como un paño funerario, tanto sobre las regiones vegetales como sobre la región animada. Mirando abajo creéis que os llama el abismo, como, volviendo los ojos arriba, que se desprenderán sobre vuestras cabezas las cumbres vacilantes. El mar azul regocija un poco aquel espectáculo de horror con sus cintas etéreas, que parecen muy angostas, entre los bastidores de unas gargantas estrechísimas. Allí anida el buho solitario en busca de sus eternas sombras, allí el halcón cazador en busca de sus sangrientas presas, allí el águila caudal en busca del rayo fulminante y del huracán devastador. La fuerza del hombre ha burlado esos abismos por puentes, y horadado esas rocas por túneles. Pero estos puentes, en su elevación inverosímil, os dan vértigos, y estos túneles, en su oscuridad dulce, os dan tristeza. Así, aconsejo á cuantos vayan, como fuimos nosotros, desde Denia á Benidorm ó Alicante, que hagan lo por nosotros hecho, que pasen á pie puentes y túneles. Así gozarán de lo que constituye la emoción estética por excelencia, de una sorpresa indecible y de una emoción que sacudirá sus nervios como las corrientes eléctricas. Eran los momentos solemnes del ocaso cuando nosotros experimentamos emoción tan profunda, y, por profunda, inolvidable. Después de habernos visto amenazados por aquellas rocas suspensas á una sobre nuestras sienes; junto al borde oscuro de abismos que nos recordaban las fauces del tiempo eterno y de la muerte voraz abiertas á nuestras plantas; estrechándose de una parte nuestro cielo y de otra nuestro mar hasta convertirse ambos en líneas que parecían borrarse para dejarnos en lo vacío; volando las aves rapaces muy silenciosas sobre nuestras frentes y extendiéndose la desolación alrededor nuestro, como si nos encontráramos en uno de los países lunares descubiertos por la potencia de los nuevos telescopios, é impresos en los cartones de las fotografías contemporáneas; tras aquellos laberintos de breñas amontonadas unas sobre otras, y aquella suma de abismos descendentes á las regiones infernales, cambia el espectáculo como á la señal tramoyesca de un mágico embrujador, y por la boca del túnel, en cercano recodo, descubrís un cielo inundado por todos los resplandores y todos los reverbeos de la tarde, un mar sembrado de blancas lonas y de blancas gaviotas, rizadísimo al soplo de las brisas en olas celestes, coronadas por espumas, en cuyas transparencias titilan los últimos arreboles del ocaso, un anfiteatro donde se dibujan sobre aguas que Parthenope y Venecia envidiarían la sierra de Puig-Campana, eterizada en aquella hora, como una rotonda de cristal, el pueblo de Altea ceñido por verjeles sin cuento y regado por manantiales que se destrenzan en todas direcciones, los cabos y los promontorios realzados por el horizonte meridional y por el mediterráneo heleno-latino, que ya parecen intercolumnios griegos en sus porciones sólidas, ya lagos idílicos en sus porciones líquidas, algo como lo que descubrís cuando el día muere al pie del Cabo Misenio en la Italia griega, ó cuando suenan las campanas de la oración repetidas desde las lagunas y las islas de San Marcos en las arenas y en las ondulaciones del hermoso Lido, en que principia para nosotros el Oriente. Yo he visto muchos contrastes bellos en mis viajes larguísimos, pero pocos tan dignos de admiración como la transición del Mascarat, aridísimo y solitario, á la vista de Altea regocijada y exuberante de vida; entre los riscos sombríos y los anfiteatros matizados de iris; entre los nidos de halcones y los verjeles de azahar; entre las sombras gratas á los buhos ó los riscos propios de las águilas y el concierto de las aves canoras; entre honduras donde la noche no tiene principio ni fin, como la perdurable nada, y las altitudes etéreras donde las cumbres se transparentan hasta convertir en eterno, como una celestial bienaventuranza, el día y su luz. Tocaba el sol en su ocaso, y se iban poco á poco extinguiendo las nubes purpúreas encendidas en los últimos bordes del horizonte; por un lado se oían las esquilas del ganado, y por otro lado la vibración de las velas; el mar copiaba los cielos y el monte parecía metamorfosearse á las tintas del crepúsculo, cuando yo creí ver que todas las cosas tomaban alas, que todas las esencias se convertían en incienso, que todos los rumores formaban armonías como producidas por las trompetas de un órgano inmenso, que todos los seres criados, desde los peces fosforescentes en el mar, hasta las estrellas rutilantes en el cielo, cantaban un *Te-Deum*, y yo asocié mi voz espiritual é interior al coro sublime de tantas voces y al concierto sinfónico de tantas orquestas misteriosas dirigidas por ángeles invisibles, y alabé esta sublime trilogía, en que van los arquetipos de todo lo creado, la luz en el espacio, la idea en el espítitu, y Dios en el cielo. Y una especie de visión me trajo á los ojos mis lloradas muertas, conducidas sobre alas y coronadas por estrellas, obligándome á decir aquellas palabras pronunciadas tantas veces en mi niñez, cuando la primera estrella de la tarde brotaba en el horizonte y la última campanada del *Ave María* sonaba en la torre: «bendita tú eres, entre todas las mujeres.»

EMILIO CASTELAR



D. FEDERICO DE MADRAZO Y KUNTZ (1)

DIRECTOR

DEL MUSEO NACIONAL DE PINTURA Y ESCULTURA

Nació en Roma en 1816.

Vino con sus padres á España en 1819.

Fué discípulo en Humanidades é Historia, de D. Alberto Lista, y del Sr. Gil y Zárate en Matemáticas y Francés.

Estudió Pintura con su padre D. José de Madrazo, pintor de cámara de Fernando VII y profesor de Colorido y Composición de la Real Academia de San Fernando.

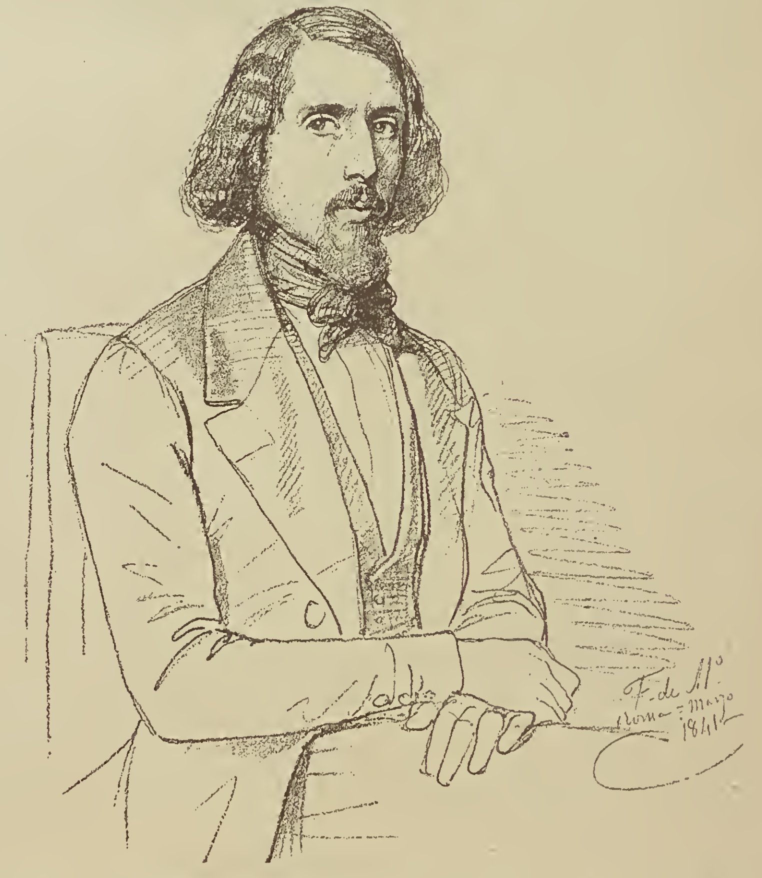
En 1831, previos los ejercicios que disponían entonces los Estatutos de la Academia, fué recibido académico de Mérito.

En 1832 ejecutó el cuadro *La enfermedad del Rey* (no hace mucho tiempo en el Palacio de San Telmo), y en 1833 hizo su primer viaje á París. Allí trató á los Sres. Ingres, P. Delaroche, barón Gros, barón Taylor, V. Hugo, A. Dumas, Bellini y Gomis y otras personas distinguidas, y por encargo de su padre ejecutó los retratos, que conserva en su Estudio, de M. Ingres y el barón Taylor.

De vuelta á España pintó el cuadro *Gran Ca-*



PELEGRÍN CLAVÉ, director que fué de la Academia de San Carlos de México



MANUEL VILAR, escultor y profesor que fué de la Academia de San Carlos de México

(1) Cumpliendo lo que tenemos ofrecido, comenzamos en el presente número la serie de monografías de artistas antiguos y contemporáneos, españoles y extranjeros, acompañadas de retratos, croquis y estudios. Al inaugurar esta sección hemos querido rendir justo homenaje al arte patrio, publicando ante todas la biografía del ilustre director del Museo Nacional de Pintura y Escultura, el renombrado pintor D. Federico de Madrazo y Kuntz, que tantos y tan legítimos títulos reune para justificar nuestra elección.



JOAQUÍN ESPALTER, PINTOR DE HISTORIA
profesor que fué de la Escuela Superior de Pintura y Escultura de Madrid

pitán recorriendo el campo de batalla de Cerinola (hoy propiedad de la condesa de Munter).

En 1834, con su hermano político D. Eugenio de Ochoa y el malogrado Conde de Campo de Alanje (que murió gloriosamente en el sitio de Bilbao), fundaron el periódico *El Artista*, donde se publicaron interesantes artículos de Literatura y Bellas Artes, y además de las bellísimas composiciones de Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, José Bermúdez de Castro, Tassara, Pastor Díaz, y los primeros versos de Zorrilla y de su hermano D. Pedro, etc., etc., ejecutó los retratos, litografiados directamente del natural, de Martínez de la Rosa, Quintana, Lista, D. J. N. Gallego, Bretón de los Herreros, duque de Rivas, García Gutiérrez, el maestro don Ramón Carnicer y muchos otros. Conviene que se tenga presente que no se había inventado aún el daguerrotipo (1).

Volvió á París, casado ya y con una hija de doce meses, en 1837. En la Exposición (Salón) de 1838 presentó el cuadro arriba mencionado, *El Gran Capitán*, por el que, sin esperarlo, obtuvo una medalla de tercera clase. Allí trabajó durante un año para el reputado y respetable pintor M. Alaux en los diferentes cuadros que tenía encargo de hacer para Versalles; y el rey Luis Felipe, á quien fué presentado en el Louvre por el barón Taylor, le encargó un cuadro para Versalles, que representa á Godofredo de Bouillón proclamado rey de Jerusalén, colocado en aquel Museo en el departamento de las Cruzadas.

Pintó después el cuadro grande que representa á Godofredo saludado en el Monte Sinaí por dos ángeles (hoy creo que en el Alcázar de Sevilla), que se expuso en el *Salón Carré* del Louvre el año 1839, y por el que se le adjudicó una medalla de segunda clase. En esa misma Exposición obtuvieron, su amigo y compañero de toda mi vida D. Carlos Luis de Rivera y el grabador Esteve medallas de tercera y segunda clase respectivamente; aquél por su cuadro *D. Rodrigo Calderón conducido al suplicio*, y éste por su lámina del célebre cuadro *Las aguas*, de Murillo.

Pasó después á Roma, donde trató íntimamente á D. Antonio Solá (á la sazón director de los pensionados españoles), á Espalter, de quien había oído hacer grandes elogios en 1833; al barón Gros, su maestro, á Clavé, Vilar, Milá y Lorenzale, y frecuentó juntamente con ellos los Museos y galerías, los estudios de Overbeck, Minardi, Tenerani, Cousoni y otros; también frecuentaba la Academia de Francia, de donde era entonces director el ilustre amigo y condiscípulo de su padre, y á quien había retratado en París, M. Ingres. En aquella Academia encontraba frecuentemente á sus amigos y compañeros de infancia los hermanos Balze, discípulos predilectos de M. Ingres, que se ocupaban en las grandes copias de las principales obras de Rafael en el Vaticano, por encargo del gobierno francés.

En Roma pintó el hermoso cuadro *Las Marías en el Sepulcro*, dos medias figuras del tamaño natural, *La mujer de Albano* y otra de Mola de Gaeta, con sus trajes característicos, y muchos retratos, entre ellos los de los Sres. Solá y Villalba (éste Encargado de Negocios de España, quien puso á su disposición todo el piso segundo del Palacio de España, á la sazón enteramente desocupado, para que pintase allí), y de sus amigos Clavé, Vilar, Ponzano y su señora, etc., etc.

Igualmente ejecutó, en los últimos meses que estuvo en Roma, los retratos dibujados de Tenerani, Overbeck, los hermanos Müller y Deger, etc., etc., y también bastantes estudios para el cuadro *Pelayo proclamado Rey*, que por indicación de D. Agustín Argüelles debía ejecutar á su vuelta, juntamente con otro de *Los Reyes Católicos á la vista de Granada, enarbolando en sus torres los estandartes Real y de la Cruz*, etc., que quedaron en proyecto.

Expuso en París *La Mujer de Albano*, y le valió la medalla de primera clase.

Vuelto á España en 1842, tuvo grande éxito desde la primera Exposición con el cuadro *Las Marías* y con algunos retratos, entre los que llamó más la atención el de su hermano D. Pedro. Después presentó todos los años los principales retratos que iba ejecutando, y gustaron mucho los del malogrado duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, el de la Srta. Sofía Vela, muy conocida en Madrid, principalmente en el mundo filarmónico, por su voz encantadora; el del marqués de Miraflores, el del general Mazarredo, el de Su Majestad la Reina Isabel, para la Embajada de España en Roma; el de la Srta. Leocadia Zamora, el de la condesa de Teba, que fué después emperatriz de los franceses, y los de M. Scott y su señora, etcétera, etc.

En 1845 fué nombrado Profesor de la clase del Antiguo y Ropajes, de nueva creación, en los Estudios de la Real Academia de San Fernando.

Algunos años más tarde pasó á dirigir la clase de Colorido y Composición, ya de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado.

En la Academia y en la Escuela tuvo, entre otros muchos discípulos, los siguientes: Rosales, Montañés, Bonnat, Palmaroli, Martín Rico, Barroeta, Casado, Puebla, su hijo Raimundo, Manzano, Alvarez, Vera, Domínguez, Pradilla, Ferrant, Escosura, Díaz Carreño, Torras, Caba, Rigalt, Ferrándiz, etcétera, etc.

Muerto D. Juan Rivera, que fué por poco tiempo director del Real Museo de Pintura y Escultura, por renuncia de D. José de Madrazo, que lo había sido muchos años, fué nombrado director, cargo anexo al de primer pintor de cámara, y ejerció ambos, habiéndole ocupado mucho tiempo, más de lo que hubiera deseado, hasta la revolución del año 68.

Director del hoy Museo Nacional de Pintura y Escultura por fallecimiento del Sr. Sans, dejó la clase del Colorido y composición de la Escuela.

En la Dirección del Museo ha hecho y sigue haciendo lo posible para que los cuadros de los grandes maestros, al menos una gran parte de ellos, estén á buena luz para poder ser estudiados, dentro siempre de la clasificación por escuelas. Ha procurado constantemente la buena conservación de los mismos, y que sea en lo posible aquel importantísimo establecimiento modelo de orden, de limpieza y de decoro; y ahora que espera que se llevará á cabo la reconstrucción, hace tiempo interrumpida, de la «Sala de la Reina Isabel», prodrán lucir más que antes los cuadros todos de primer orden de todas las escuelas, que volverán á ocupar el lugar que antes tuvieron, pero en mejores condiciones de luz, decorado, etcétera, etc. Al mismo tiempo, con la reforma consiguiente de la parte baja correspondiente á dicha sala, podrá organizar y colocar, debidamente clasificadas, las esculturas, que constituyen un Museo muy interesante, bastante más de lo que se cree generalmente, y que se hallan como hacinadas y no como hoy se exige. Esta necesaria reforma cree que no se hará esperar mucho tiempo, porque está ya estudiada, y, aunque no materialmente, puede decirse que hecha.

En cuanto á los cuadros de los pintores vivientes, están colocados en el Museo del Prado *provisionalmente* y hasta que se halle terminado el edificio que se construye para Biblioteca y Museos, al que deberán pasar los cuadros y las esculturas contemporáneas (de artistas que viven), pues no es conveniente, por muchas razones, que se hallen en el mismo local que las obras de los autores antiguos; así se practica en todos los países. Cuando esto se verifique podrá disponer la Dirección del Museo de más local, tanto para rectificar y perfeccionar la actual colocación de los cuadros antiguos, pues no pueden verse bien todos por hallarse altos ó haber demasiada aglomeración de ellos en algunos sitios, como para aumentar el número de dibujos originales expuestos, con no pocos muy importantes que existen en carteras.

En la primera Exposición Universal de París de 1855 expuso varios cuadros, entre ellos *Las Marías* y los retratos del obispo Sr. Posada, duquesa de Medinaceli, duquesa de Sevilla, condesa de Rebersart, condesa de

(1) No recuerdo precisamente el año en que apareció ó se hizo pública la invención que lleva el nombre de Daguerre; creo que fué en 1841 ó 42; pero sí tengo por cierto que con el descubrimiento del daguerrotipo ha sucedido lo que con otros muchos. Llega la época en que ha de suceder y llevar la gloria el primero que la saca á luz; y otros que persiguieron la misma idea, por llegar un poco más tarde, deteniéndose quizás demasiado en perfeccionar los primeros resultados, quedan ignorados, habiendo perdido el tiempo y las vigilias y las ilusiones...

El pintor Zanetti (D. José), un poco poeta y un poco músico y un poco mecánico, español, de Zaragoza (que vivía en Roma en Santiago de los Españoles, en Plaza Nova, donde tenía una sala inmensa y destartalada que le servía de estudio, de laboratorio, de todo, pues que de todo hacía, hasta una máquina para volar), nos enseñó á varios amigos suyos, españoles, las primeras imágenes de la cámara oscura fijadas por él de un modo bastante imperfecto en verdad, no recuerdo sobre qué materia, pero sí que eran de un color violáceo y que eran dos ó tres vistas de las casas y monumentos que tenía frente á sus ventanas; esto era por los años 40 ó 41.



CLAUDIO LORENZALE, director que fué de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona



LAS MARÍAS EN EL SEPULCRO, cuadro de D. Federico de Madrazo

Vilches, duquesa de Alba, etc., etc., y obtuvo medalla de oro de primera clase.

Hacía ya algunos años que era académico de San Lucas de Roma y de muchas otras, y desde 1846 caballero de la Legión de Honor de Francia; poco después de dicha Exposición Universal fué ascendido á oficial de la mencionada Orden.

En la Exposición Universal de 1878 presentó varios retratos, entre ellos los de cuerpo entero de la señora condesa de Guaqui y de la señora marquesa de la Granja, y obtuvo el *rappel* de medalla de primera clase y fué ascendido á comendador de la Legión de Honor.

Entre los muchos retratos que ha pintado, todavía recuerdan los artistas y aficionados los de Grimaldi, conde de San Luis, Bravo Murillo, Donoso Cortés, lord y lady Stanley, general San Miguel, conde Raczynski, condesa de Plasencia, M. y Mme. Barringer, etc., etc.

Siendo, hace algunos años, correspondiente del Instituto de Francia, ocupó, por el voto de aquel cuerpo, la plaza de individuo efectivo (associé), vacante por fallecimiento del célebre pintor alemán Julio Schnorr, autor de las célebres pinturas de los Niebelungos en el Palacio de Munich.

Ha sido reelegido ocho veces director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y senador en todas las elecciones por la citada corporación, y ha tenido la mayor de las recompensas, la gloria de ser padre político del célebre pintor, malogrado Mariano Fortuny, y de ver á su hijo Raimundo celebrado entre los pintores contemporáneos, habiendo obtenido en las dos últimas Exposiciones Universales de París las medallas de primera clase, y sido ascendido á oficial de la Orden de la Legión de Honor, de que era caballero.

Para completar estos apuntes biográficos y ampliar algunos detalles que muy ligeramente hemos tocado en ellos, creemos que interesarán á nuestros lectores los siguientes párrafos que tomamos de una carta recientemente escrita por el señor Madrazo al director artístico de esta ILUSTRACIÓN, D. José L. Pellicer:

«Desearía que no se pasase por alto lo que podría llamar mi *sino* – la simpatía que siempre he sentido por sus paisanos de V. – y la amistad estrecha que me ha unido con muchos de los artistas catalanes de verdadero mérito, como tampoco el grande atractivo que sentí, desde que le vi la primera vez, hacia el ilustre y malogrado Mariano Fortuny, mi hijo político algunos años después, cuando, muy jovencito aún, volvía de Africa, terminada la guerra, cuando apenas *doraba su rostro el bozo primero*.

»Y, coincidencia también, la primera tierra española que pisé siendo niño fué el puerto de Rosas.»

Hablando de su regreso en 1833 del primer viaje que hizo á París, dice:

«Había estallado la primera guerra civil y tuve que regresar por Barcelona (recuerdo que hacía poco que se había creado allí la *Milicia Urbana)*. Venía yo lleno de ilusiones y de espíritu romántico, y ufano de haber tratado en París á Ingres, Delaroche, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, etc., etc., y en todas partes, cuando me veía entre jóvenes entusiastas por la Literatura ó las Bellas Artes, se encendían en mí mil ideas jóvenes y generosas y de *color de rosa*, confiando en el porvenir artístico de mi patria. Recuerdo que en Barcelona pasaba algunas noches los ratos más agradables en la botica del Dr. Giraud, en la calle del Conde del Asalto, donde concurrían muchos jóvenes que, andando el tiempo, han honrado á su patria y contribuído grandemente al renacimiento de Cataluña. Allí conocí al malogrado Piferrer y á muchos que adquirieron justo renombre, y á quienes volví á ver, algunos años más tarde, en Roma. ¡Con qué gusto recuerdo esa época de mi vida!»

D. Federico Madrazo no aparenta tener los setenta y cuatro años que cuenta; el vigor de su cuerpo corresponde en la medida de lo posible á la eterna juventud de su alma.

Es de alta y esbelta estatura, y de figura distinguida y elegante. Su fisonomía delicada y genuinamente española lleva impreso el sello de un espíritu eminentemente observador; y aunque de ordinario grave, se dulcifica fácilmente cuando una conversación le agrada, ó un asunto le interesa, ó un interlocutor se le hace simpático.

Su trato acusa el cosmopolitismo: entiende de muchas cosas, y para hablar, y hablar bien de todas, está preparado por su observación y por sus conocimientos. Oyéndole y tratándole fácil es adivinar que se ha rozado con todos aquellos de sus contemporáneos que han sobresalido en Artes, Ciencia ó Literatura.

La tendencia natural de su carácter es la bondad, unida á una exquisita cortesía, que revela al cumplido caballero y al hombre de mundo, y acompañada de cierto gracejo, reminiscencia, sin duda, de la vida y de las costumbres del artista.

LA REDACCIÓN



CARRERA DE CABALLOS: INDIOS LLEGANDO Á LA META

SECCION AMERICANA

EN LAS RESERVAS INDIAS, ESCRITO É ILUSTRADO POR F. REMINGTON

Cierta noche, algunos años hace, había acampado con dos compañeros en la parte Sur de la cordillera de los Pinos (territorio de Arizona); eran las nueve, poco más ó menos; estábamos sentados alrededor de nuestra hoguera, fumando tranquilamente, y hacíamos observaciones sobre la rapidez de la marcha de mi criado Jerónimo, á quien había enviado á la Sonora, y que tal vez se hallaría en aquel momento de regreso cerca de nosotros. La conversación terminó al fin, y entonces nos tumbamos de espaldas, con los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando el obscuro ramaje del árbol que nos cobijaba. Yo creo que comencé á calcular perezosamente cuánto tiempo necesitaría una lejana estrella para pasar por detrás de una roca negruzca que se elevaba á corta distancia; pero de pronto me incorporé, movido por no sé qué secreto impulso. Durante un segundo parecióme que me faltaba el aliento; tal fué mi asombro al ver tres indios apaches sentados junto á la hoguera, con sus carabinas cruzadas sobre las piernas. Mis compañeros acababan de verlos también, y aunque eran rudos fronterizos, avezados á la guerra, parecióme que experimentaban cierta inquietud.

EL AUTOR SACANDO UN CROQUIS

– «Tener hambre», murmuró una de aquellas salvajes apariciones, sin añadir una palabra más.

Como no estábamos familiarizados aún con el semblante de Jerónimo, parecióнos reconocer las facciones de éste en las de nuestro interlocutor; mas, por si acaso, juzgamos oportuno preparar nuestra artillería, es decir, las armas de fuego.

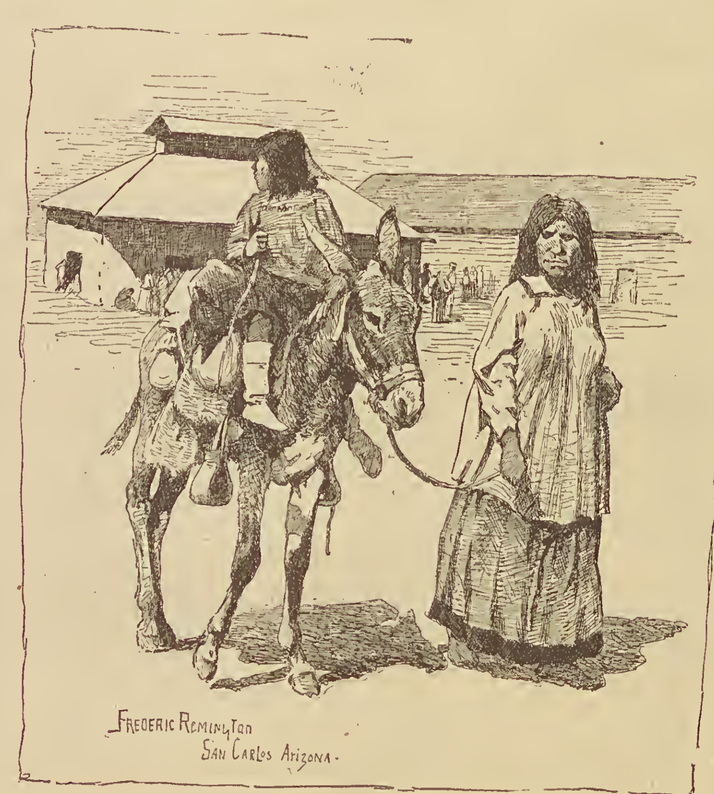
Entonces los apaches, deseando sin duda desvanecer la alarma que habían producido, comenzaron á explicarse.

– Nosotros *Montaña Blanca*, dijo uno de los indios, querer sólo harina, y no guerra.

Se les dió en cantidad abundante lo que pedían, y aunque antes teníamos mucho sueño permanecimos sentados, departiendo amigablemente con aquellos intrusos, hasta que les vimos tenderse á la larga y comenzar á dormir. Nosotros pretendimos seguir el ejemplo; mas yo no pude cerrar los ojos en toda la noche, y en vez de entregarme al sueño vigilé, temiendo ver otros apaches deslizarse cautelosamente en la obscuridad. No habría sido extraño tampoco que alguno se hubiese descolgado de las ramas del árbol.

Los dos indios se marcharon por la mañana, deseándonos buen viaje, con ese estilo lacónico y sentencioso que mis amigos de las Montañas Pedregosas usaban en ciertas ocasiones. El incidente me hizo reflexionar, pues si bien las consecuencias se habían reducido á la pérdida de algunas libras de harina, indicábame, por otra parte, hasta qué punto aquellos indios podían usurpar las prerrogativas de los fantasmas, y desde aquella noche mezclé con mi valor indebidas dosis de precaución.

Los apaches me parecen predestinados á vagar continuamente entre las rocas y chaparrales con la ligereza del lobo, y siempre fueron los indios más peligrosos de la región occidental del país. No son nada valerosos en su modo de hacer la guerra; mas no por eso dejan de obtener buenos resultados. En el desierto ardiente, y entre las prolongadas líneas de rocas de su país, ningún hombre blanco podría cogerlos por la persecución directa; pero desde que la vía férrea y el telégrafo penetraron en su territorio y se han establecido puestos militares, un sistema muy riguroso les obliga á permanecer en los confines de la Reserva de San Carlos, no siendo ya de temer una intentona por esta parte. Esto no impide que la caballería del general Miles se halle siempre bien provista de municiones y dispuesta á cualquiera hora del día ó de la noche á lanzarse en persecución de una partida hostil.



INDIA APACHE LLEVANDO RACIONES



DISTRIBUCIÓN DE CARNEROS EN LA AGENCIA DE SAN CARLOS

La administración de San Carlos está confiada hoy á un oficial de ejército, el capitán Bullis; y como he tenido ocasión de verle en el desempeño de sus funciones, bien puedo decir que él, más que otros muchos, necesitaría pagar seguro sobre la vida. Sin embargo, no parece temer al puñado de asesinos con quienes ha de tratar continuamente, pues ha pasado la mayor parte de su vida entre esos salvajes, comprende muy bien su carácter y nada le arredra. Si los actos de este oficial se hubiesen realizado en medio de nuestros campos de batalla, y no entre una caterva de indios, en el vasto desierto de Río Grande, seguramente se le habría erigido una estatua en el templo de la Fama. Aquellos salvajes le consideran casi como un ser sobrenatural, le han puesto por sobrenombre el *Remolino* y hablan de él con la mayor admiración.

La Reserva de San Carlos, administrada por el capitán Bullis, es un inmenso espacio que comprende montaña y desierto; cerca de la parte central, sobre el río Gila, hay una llanura muy extensa, donde están las toscas construcciones de la Agencia, y allí se ven varias líneas de blancas tiendas, pertenecientes al acantonamiento, que forman como una plaza al Norte.

Llegué á este punto una tarde, al cabo de la más penosa marcha que imaginarse pueda, acompañado de un destacamento de caballería, y me alojé en la tienda de un amigo, tan amante como yo de lo pintoresco. Por la noche fuí invitado á la mesa de los oficiales para consumir las raciones que yo llevaba, y allí pude admirar el talento culinario de los chinos que presiden los destinos de la cocina.

San Carlos es la localidad más calurosa que yo he conocido, y no quisiera visitarla otra vez. El hombre acostumbrado á respirar el aire fresco de la bahía de Nueva York no podría disfrutar aquí de la comida y del baño turco que la acompaña; pero en cambio la conversación de los oficiales me pareció tan amena como la de los poetas y supe apreciarla en su justo valor.

A la mañana siguiente busqué mi álbum de bosquejos y fuí á ver á Bullis para comunicarle confidencialmente mi plan de campaña artística. El capitán, que estaba peinándose, interrumpió su operación y miróme con aire de asombro, guiñando los ojos repetidas veces.

– Joven, me dijo, si desea usted contar años y llegar á tener mucha barba, preciso será que deseche la idea de que se halla en Venecia.

Al oir estas palabras recordé que el año anterior un indio había manifestado vivos deseos de acuchillarme tan sólo porque yo trataba de inmortalizar su figura. Cuando se hace uso de una hábil diplomacia es posible á veces conseguir que alguno de esos salvajes mire, aunque con expresión recelosa, la boca de una cámara oscura; pero inducir á un indio á permanecer quieto mientras otro hombre le retrata en el papel ó el lienzo, es cosa á que no accederá nunca. Con ayuda de los dos oficiales que estaban á mi lado pude hacer rápidamente varios croquis que representaban escenas y personas; pero mi operación despertó al fin sospechas, y hube de suspender por entonces la tarea. Desde el punto donde yo estaba vi las prolongadas líneas de caballos, mulas y burros que por todas partes llegaban á la Agencia, y muy pronto tuve ocasión de enriquecer mi álbum. Los indios suelen estar siempre diseminados en todas direcciones en un espacio de cuarenta millas; pero aquel día era uno de los destinados á la distribución de raciones, y los salvajes llegaban juntos para recibir la suya.

Después de almorzar fuimos á dar una vuelta. En un espacio de poca extensión vi un gran número de jacas y burros con los arreos más fantásticos que imaginar se pueda; pero llamáronme la atención principalmente las jóvenes de la tribu de San Carlos á causa de los extraños adornos que usan en el cabello como símbolo de su virginidad. Varias mujeres, unas á pie y otras montadas, llegan presurosas, con el cabello flotante sobre la espalda, y agrúpanse á la puerta de la Agencia para coger los grandes pedazos de carne que el carnicero indígena les arroja, mientras que varios batidores indios, luciendo su levita militar y armados de carabina, van de un lado á otro para mantener el orden. Otros grupos de mujeres se han sentado en el suelo para hablar en voz baja. De pronto veo un anciano jefe, de aspecto respetable, que llega á galope tendido hasta el sitio donde estoy. Me lo presentan y cambiamos un apretón de manos.

Estos indios parecen tener una dignidad natural, y por poco que aprendan algo de buenos modales se conducen muy bien. Los apaches no tienen, al parecer, en su dialecto término alguno para despedirse ó dar la bienvenida, y jamás se estrechan la mano; pero esto les parece un acto solemne para los hombres blancos y le dan mucha importancia. Cierto oficial me aseguró haber conocido un apache que, después de estar ausente de su cabaña varios meses, volvió una noche, sentóse y comenzó á fumar sin decir ni una palabra.

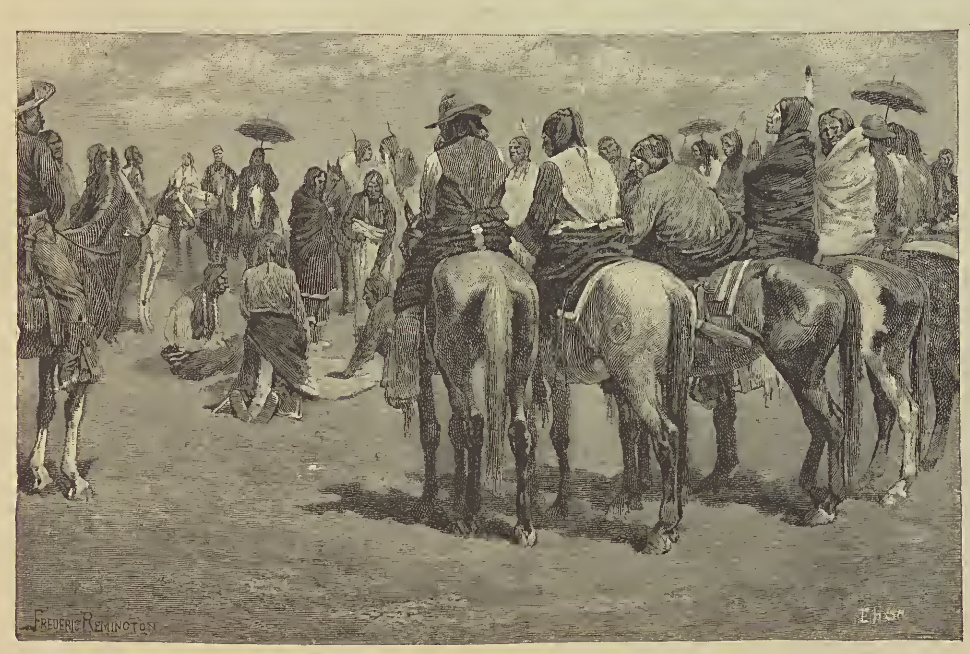


INDIO KIOWA AL GALOPE

Como el día era muy caluroso nos retiramos al despacho del capitán Bullis, que con la cabeza cubierta con un sombrero de anchas alas escuchaba atentamente las quejas de unos indios contra otros. Aquellos que resultaban culpables solían quedar á veces detenidos; el capitán concedía divorcios en absoluto, aprobaba testamentos con singular rapidez, y dispensaba, en fin, la justicia á su manera de entender. El intérprete se veía no pocas veces en graves apuros, pues con frecuencia salían á relucir los cuchillos y carabinas cuando no todos se conformaban con el fallo, y así es que el tribunal debía estar en sesión permanente. Estos salvajes se matan por la menor cosa y se roban las mujeres apenas tienen oportunidad para ello. Muy pocos son los que van á la Agencia á pedir justicia, sobre todo si creen que pueden dirimir mejor sus contiendas por la efusión de sangre. Solamente los débiles ó inútiles imploran protección.

Al salir de la oficina del capitán oímos un disparo de arma de fuego en la habitación misma de donde acabábamos de salir; un momento después acudieron los soldados negros de la guardia; manifestóse cierta excitación en los indios, y observé que todos preparaban sus armas rápidamente; pero de pronto presentóse ante la multitud un oficial de infantería, de estatura gigantesca, y que llevaba la cabeza protegida por un casco. Al verle, todos guardaron silencio, y sin duda se esperó oir de sus labios alguna noticia terrible. Varios indios salían ya presurosos, con expresión amenazadora; mas el oficial del casco gritó entonces con voz estentórea: «No es nada, muchachos; se ha descargado una carabina, y no ocurre nada de particular.» Tres minutos después habíase restablecido completamente el orden.

El capitán Bullis se acercó entonces á nosotros, rascóse la cabeza y nos señaló un anciano que, embozado en una manta, á pesar del calor, apoyábase en la pared de barro de la Agencia.



PREPARATIVOS PARA LAS CARRERAS



LA CATA DEL VINO, cuadro de José Benlliure, grabado por Sadurní



LA ÚLTIMA HORA DE LA JORNADA, cuadro de D. Baldomero Galofre, grabado por Sadurní

Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890


INDIO APACHE

– Aquí tenemos un problema, dijo el capitán. La familia de ese pobre hombre que ven ustedes ahí no quiere cuidarle ya, y no contenta con esto, le roba sus raciones; está ciego y no puede atender á su subsistencia.

Nos acercamos para ver mejor aquel infeliz, cuya piel apergaminada comunicábale el aspecto de una momia. Su extremada suciedad nos repugnó; al mismo tiempo su estado inspiraba compasión; mas no podíamos hacer nada en su favor.

Ignoro lo que el capitán resolvería en aquel caso, por el cual comprendí que los padecimientos físicos y los malos tratamientos son las compensaciones que el guerrero salvaje puede esperar después de haberse distinguido por sus hazañas ó sus servicios.

Mientras me paseaba entre los caballos y las mulas permitióseme hacer algunos croquis, y á fe mía me pareció que aquellos animales miraban también con malos ojos el papel y el lápiz. Muchos de estos cuadrúpedos estaban cargados de sacos de harina, ó de grandes cuartos de carne que goteaban sangre. Los pobres animales no encuentran nunca suficiente pasto en su desierto país, mas no por eso han de trabajar menos para sus salvajes amos, hasta que la muerte triunfa al fin de su filosofía equina. En las sillas de algunos caballos vi buenas mantas y artículos de fabricación mejicana, obtenidos probablemente por un procedimiento que la ley internacional no permite.

Los apaches son poco industriosos. En lo que principalmente se ocupan es en hacer excursiones á Méjico para adquirir sillas de montar y otros muchos objetos; pero sus mujeres se dedican á fabricar diversos artículos, principalmente de alfarería, como jarros, ollas, etc., distinguiéndose por la habilidad con que ejecutan su trabajo. Venden estos objetos á un precio tan reducido que parece absurdo cuando se tiene en cuenta el tiempo que esas mujeres han debido emplear en su trabajo. Las mujeres llevan también al acantonamiento grandes haces de heno, que se cargan á la espalda y que venden muy pronto. Suelen cortarlo con un cuchillo, y después lo atan como si fueran espigas de trigo.

Llegada la noche todos los indios se habían retirado á sus respectivas rancherías, y la Agencia volvió á quedar del todo desierta durante una semana. Me detuve un día en Gila, á pocas millas de la Agencia, para observar los métodos de agricultura practicados por los indios de la tribu de San Carlos. Las orillas de dicho río presentan en ambos lados escarpadas eminencias, y sobre ellas han construído los indígenas sus chozas, á la mayor altura posible del suelo, donde el calor es más sofocante; allí soplan los vientos cálidos del desierto; pero como esos indios van casi desnudos, disfrutan de cierta comodidad relativa. Las mujeres circulan, entre el río y las chozas, llevando ollas llenas de agua cenagosa, y parece que su principal ocupación consiste en humedecer todo lo posible aquel suelo reseco, sobre todo para que no se agosten el trigo y los vegetales que allí crecen.

De repente se oye una detonación, seguida de otras dos más próximas, y, como si esto fuera una señal, dos ó tres mujeres retiran las tablas de una acequia inmediata, y el agua se precipita, elevándose á la altura de sus rodillas.

Mi compañero, teniente de caballería, me propuso ir á pasar la tarde en el campamento de los indios; yo acepté la invitación, y en su consecuencia, dejando á nuestros batidores indios junto á sus hogueras, nos encaminamos, acompañados del guía indígena, á la misma choza de éste. Allí dimos fin muy pronto á nuestro frugal refrigerio, y después cada cual fumó su cigarrillo para matar el tiempo.

Poco faltaba ya para que el sueño nos dominase, cuando de pronto llegó á nuestros oídos el monótono compás del tam-tam, y un momento después resonó una voz discordante, acompañada á poco de otras que más bien parecían alaridos, aunque en aquella soledad, y cuando hubimos escuchado un rato, creímos que hasta cierto punto tenían algo de armónicas. Impulsados por la curiosidad, nos acercamos al sitio de donde provenían las voces, y alrededor de una hoguera vimos unas formas casi desnudas que, formando círculo, movíanse perezosamente siguiendo al que tocaba el tam-tam. La escena no era del todo desagradable, y deseosos de observarla hasta el fin nos sentamos en un sitio desde donde se podía ver todo perfectamente. Confieso que en mi vida había visto danza tan singular ni oído música tan extraña.

Según supe después, aquellos indios practicaban un rito religioso, animados de la buena fe y del celo que distingue á esos indígenas en tales actos, comunes á todas las tribus. Todos los salvajes parecen imbuídos en las ideas religiosas, y aquello que no comprenden paréceles siempre sobrenatural. Es muy extraño que ellos, tan conocedores de la naturaleza, no puedan discurrir mejor.

Una de las cosas que más me interesa en esos aborígenes es su manera especial de pensar. Respetando las investigaciones científicas practicadas respecto á esos indios, yo creo que ningún hombre blanco podrá penetrar nunca el misterio de su espíritu ni explicar la razón de sus actos.

El hombre de piel roja es un conjunto de incongruencias: ama y odia de una manera tan extraña, y es constante é inconstante en ocasiones tan inoportunas, que á menudo pienso que no sabe reflexionar y que todo lo hace por el impulso del momento. La investigación del etnólogo no debe penetrar en su pensamiento demasiado rápidamente, porque esto sería razonar por el indio y no con él.

LOS COMANCHES

Después de abandonar las ardientes arenas de Arizona, los verdes prados y el cielo sereno del Norte de Texas me parecieron muy agradables. En una pequeña ciudad llamada Enriqueta entré en negociaciones con el conductor de un convoy para trasladarme á ciertos puntos del territorio indio. Muy pronto quedamos conformes, y á primera hora de la mañana siguiente fué á buscarme con un carro tirado por dos jamelgos tan escuálidos, que desde luego protesté, alegando que no servirían para llenar mi objeto.


DESCANSO

El conductor me aseguró, por el contrario, que tendrían suficiente fuerza para trasladarme adonde yo quisiera; y como yo me había acostumbrado ya á no fiarme de las apariencias, no vacilé en subir al vehículo.

El paisaje que se ofreció á mi vista consistía sobre todo en una inmensa llanura ondulada, donde se veían algunas flores marchitas; varias caletas rodeadas de árboles interrumpían de vez en cuando la monotonía del conjunto; el sol era muy ardiente, y mi conductor, dominado por el sueño, cabeceaba muy á menudo. De esto se aprovechaban los caballos, acortando el paso de tal manera que apenas se movían; pero entonces su amo, despertando de repente, agitaba el látigo, y con mano vigorosa obligaba á los cuadrúpedos á cumplir con su deber. Durante el camino dióme muchos informes respecto á los comanches y á los indios en general; y aunque su punto de vista no tenía mucho de filosófico, en cambio me citó numerosos detalles de no escaso interés.

Al fin llegamos al río Colorado, y entonces pude apreciar la razón del calificativo, pues sus aguas son la cosa más rojiza que jamás he visto, como también lo es el terreno,


INDIO TOMANDO SU MEDICINA



INDIO COMANCHE

nglesa y un revólver de Colt, que veo cerca de mí. A pocos pasos del sitio donde estoy un muchacho comanche comienza á desnudarse hasta quedar en camisa y calzoncillos; su padre murmura algunas palabras á su oído, y condúcele junto á una jaca que piafa impaciente, como si comprendiera lo que debe hacer aquel día. El muchacho quiere montar de un brinco, y queda suspendido del cuello del cuadrúpedo; pero con sus pies se apoya en los músculos superiores de la pierna del animal, y, semejante á un mono, toma al fin la debida posición. Dicho está que el chico montaba en pelo y sin más agarradero que la brida; mas á pesar de esto, se mantenía firme como una roca.

Un kiowa se destaca de un grupo, galopa hasta la pradera y se detiene en el lugar que debe ser el punto de partida, siguiéndole media docena de jacas montadas todas por sus jinetes medio desnudos. Los espectadores indios descansan perezosamente en sus caballos, inmóviles como ostras, y tan indiferentes al parecer como si no estuvieran en juego sus intereses.

– Es el *Bayo*, díjome un indio, señalándome un magnífico cuadrúpedo que iba á correr, y hasta ahora ningún otro le ha vencido. Yo he apostado por él mi carabina.

De repente se oye una detonación; vemos salir humo de la carabina del kiowa de que antes he hablado, y en el mismo instante arrancan las cinco jacas que debían correr primero. Muy pronto desaparecen, rodeadas de una nube de polvo; los jinetes, inclinados sobre sus monturas, las estimulan con la voz y el ademán; á cada tropezón las fustas de los indios agitan el aire, y en aquella carrera vertiginosa nadie sabe al principio quién lleva la ventaja. Pero ¡ah! ya vuelven; entre la densa polvareda, los cinco jinetes parecen irresistible avalancha; ya se acercan; ya los distinguimos bien, y dentro de un segundo se decidirá la victoria. El muchacho comanche va delante de todos: sus ojos brillan, animados por la excitación del momento, pues acaba de batir al invencible *Bayo*, orgullo de la tribu de los comanches, y ha ganado el premio en la carrera. Sin embargo, al acercarse á su padre, su rostro está sereno y el chico aparenta la dignidad de un hombre.

No deberían nunca esos indios trocar sus mantas, sus caballos y su heroísmo por la levita y el sombrero que nosotros usamos; pues ahora son grandes á su manera, é imitándonos á nosotros lo perderían todo. Abrigo la esperanza de que persistirán en su género de vida y sus costumbres. Pueden vivir tranquilos y contentos como son ahora; pero no de otro modo.

Después de haberme despedido de mis amigos del fuerte Sill, emprendí la marcha hacia Anadarko, sobre el Washita, donde se halla la Agencia principal de los comanches, kiowas y wichitas. Las casas de los kiowas, muy numerosas á lo largo del camino, demostráronme que estos últimos constituyen algo más que la tribu hermana; pero estos indios no son tan agradables como los otros.

En cuanto á las viviendas de los wichitas podrían muy bien tomarse por montones de heno, y como están rodeadas en la pradera de carros, instrumentos de labranza y ganado, es muy natural suponer que allí debe haber alguna granja, y preguntarse dónde estará.

Los apaches de este territorio son muy diferentes de sus hermanos de las montañas; tienen buen aspecto, pero los demás indios los miran con desdén, así como los traficantes, porque son traidores, arrebatados, embusteros y ladrones. Pasé una noche en una de sus chozas viendo cómo jugaban al monte, y allí pude reconocer que este vicio raya en ellos casi en locura. Miraban los naipes con una expresión de codicia que me produjo muy mal efecto, y pensé que el pobre blanco que se propusiera convertir en cristianos y caballeros á semejantes hombres perdería el tiempo lastimosamente, porque sería como tratar de invertir la marcha de la naturaleza.

A la mañana siguiente ensillamos nuestras jacas, reforzadas ya con un pienso, y nos pusimos en marcha en dirección al fuerte Reno, para ver allí á los arrapahoes y los cheyenos.

TRADUCIDO POR E. L. DE VERNEUILL

que comunica su color al agua. Sin perder tiempo vadeamos el río, pero, al llegar á la mitad de la corriente, los caballos quedaron inmóviles como si hubiesen echado allí raíces. A costa de no pocos esfuerzos conseguimos al fin salir de aquel mal paso, sentando el pie en tierra firme. Cerca del río hay numerosos ciruelos que producen grandes cantidades de fruto.

Poco después dábamos vista al fuerte Sill, sólida construcción de piedra que se eleva en un espacio cuadrado, en una eminencia. En las llanuras que le rodean vi los cráneos de muchos animales, muertos para distribuir la ración diaria. En el fuerte Sill trabé conocimiento con un tal Horacio P. Jones, intérprete comanche, que ha vivido con la tribu treinta y un años. Es una verdadera autoridad en cuanto se refiere á indios, y procuré utilizarme de sus conocimientos. En nuestra primera conversación me habló de cierto carácter extraño del dialecto comanche, por el cual se hace casi imposible aprenderle. Casi todos los individuos de la tribu tienen por nombre el de algún objeto de la naturaleza, y cuando el indio muere ya no se vuelve á pronunciar este nombre, pues se cambia el del objeto de que se tomó.

Los comanches son grandes viajeros, y por este concepto aventajan á todas las demás tribus. Mr. Jones ha conocido algunos que visitaron á California y á otros que emprendieron excursiones de varios años. Son hombres caracterizados por su cara redondeada y expresión agradable. Hablan la lengua española, y muchos de ellos tienen sangre mejicana en las venas, debiéndose esto á la circunstancia de que á menudo secuestran mujeres mejicanas, á las cuales obligan á ingresar en la tribu.

Los comanches son menos supersticiosos que los demás indios en general. Se distinguen principalmente por su inteligencia y buen sentido en cuanto se refiere á caballos, y han llegado á producir, como ganaderos, una especie de jacas magníficas. Son muy buenos chalanes, y en punto á comprar y vender no necesitan lecciones. Aún siguen viviendo en chozas ó cabañas, pero si pueden adquirir una buena casa ocúpanla con preferencia. Saben apreciar cuanto hay de bueno en la civilización, y á menudo se les ve comprar paraguas, sombreros, juguetes para sus niños, y otros muchos artículos. Los efectos personales de cada individuo se inutilizan al morir éste; pero ya no se matan los caballos, y ahora se discute si se debe ó no quemar la casa del comanche que deja de existir. Hasta ahora se han respetado tres ó cuatro, y tal vez se haga lo mismo en lo futuro.

Junto al fuerte Sill hállase acampado el cuerpo de batidores indios, compuesto de los manches y kiowas. El gobierno costea su manutención y además tienen paga fija. Se les ocupa en cazar caballos, llevar mensajes y prender á los indios culpables.

Los comanches comienzan á someterse á la prisión sin resistencia; pero la ley de Texas es tan dura para ellos, que no se les debe censurar cuando llegan á ser sospechosos.

En el campamento del fuerte Sill se me permitió hacer algunos croquis, y los indígenas manifestaron mucho interés al observar mi procedimiento.

En la mañana del 4 de julio hallábame con Mr. Jones en el camino que conduce á la Agencia. Este día y el de Navidad son muy celebrados por los indios, con motivo de efectuarse entonces las carreras de caballos, en las que se cruzan apuestas y los comanches pueden lucir su destreza y sus ligeros caballos. A medida que nos acercamos á la Agencia reconocemos que ha llegado ya la hora de comenzar la función, viéndose muchos jinetes que se dirigen hacia la llanura, donde los indios han formado ya un extenso círculo.

Un indio de avanzada edad y de aspecto respetable penetra en el círculo; con graciosos movimientos arroja en tierra su manta colorada, y arrodíllase después delante de ella para recibir el dinero de las apuestas que han de cruzarse. Varios hombres echan duros ó algún objeto de valor, como, por ejemplo, una carabina



INDIOS CHEYENOS

SECCION CIENTÍFICA

LOS POZOS ARTESIANOS EN CALIFORNIA

La admirable invención de los pozos artesianos, cuyo principio se debe al francés Bernardo de Palissy, ha prestado señalados servicios en un considerable número de localidades, y á ella se deben las notables transformaciones que de día en día van sufriendo las regiones del Sáhara. Desde hace algunos años el territorio de Riverside, California, participa también de los beneficios de los pozos artesianos, que surten abundantemente de agua potable á esa región, antes desprovista de tan vital elemento, y contribuye á su desarrollo y á la prosperidad de sus 7.000 habitantes.

La cuenca de los pozos artesianos de Riverside está situada al pie de los montes de *San Bernadino* y *Gray Back* de la Sierra Nevada. El monte *Gray Back* se eleva á más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, y en sus cimas reinan las nieves perpetuas, que, al derretirse, alimentan las regiones inferiores del suelo con un agua pura que ha circulado por entre rocas y se ha filtrado al través de las arenas antes de penetrar en las entrañas de la tierra, en donde se encuentra, según los análisis del profesor Hilgard, en un estado de pureza casi completa. Esta agua es de limpidez y transparencia notables

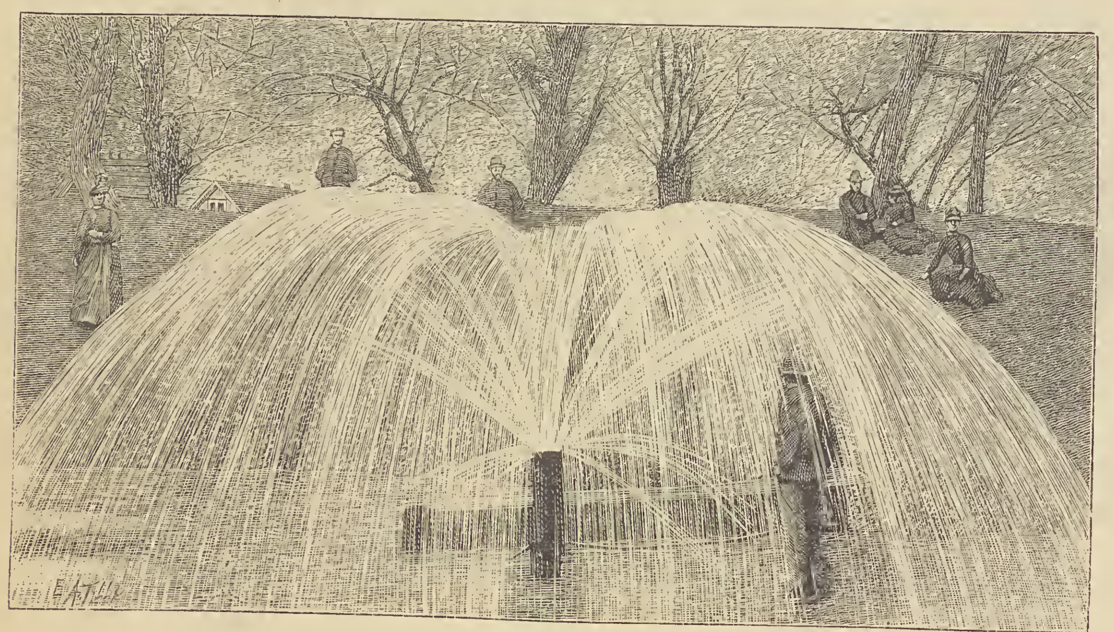


Fig. 1. - Surtidor que brota de un pozo artesiano de Riverside (California)

Los pozos artesianos en la actualidad existentes en Riverside son en número de catorce; abiertos muy cerca unos de otros, ocupan una superficie de siete acres (unas tres hectáreas), y su profundidad es de 40 metros aproximadamente. El depósito subterráneo parece en cierto modo inagotable.

Riverside, que es el centro más importante del cultivo de naranjas en California, necesita una cantidad de agua tanto más considerable cuanto mayor es el incremento que toma su agricultura. Hace cinco meses se perforó un nuevo pozo artesiano: el agua ha brotado de él en abundancia inconcebible formando un chorro de tal fuerza que una piedra de dos kilogramos que tapaba el orificio del pozo fué lanzada violentamente al aire.

Las aguas de estos surtidores se escapan, á veces, por el extremo del tubo formando una campana líquida parecida á la que se produce en los surtidores de los jardines con añadidos de estructura especial. Uno de nuestros grabados (fig. 1) reproduce un pozo de esta clase de Riverside: una persona puede permanecer de pie, sin mojarse, debajo de la campana líquida en cuyo centro se encuentra aprisionado.

Las aguas de los pozos artesianos de Riverside son conducidas á un estanque circular, en donde caen formando una cascada destinada á airearlas (fig. 2), pues como proceden de la licuación de las nieves fáltales el elemento del aire, siendo desde allí llevadas por canalizaciones subterráneas hasta la población de Riverside, situada á 16 kilómetros de aquel lugar.

La diferencia de altura entre el estanque y la villa, que es de 53 metros, permite que el agua llegue á ésta con presión suficiente para abastecer todos los sitios en donde se levantan habitaciones. El agua suministrada por los pozos artesianos es tan abundante que, después de satisfacer todas las necesidades de la canalización urbana, todavía alimenta un canal de riego destinado al cultivo de los naranjales.

(De *La Nature*)

***

LANCHAS Á VAPOR DE NAFTA

El invento de las embarcaciones movidas por la nafta constituye un progreso en la construcción de los pequeños barcos de vapor, tales como los yachts de recreo y los bateles-ómnibus destinados al servicio de hoteles, estaciones balnearias, etc., situadas á orillas del agua y á cierta distancia de los grandes desembarcaderos. La conocida casa Escher Wyss, de Zurich, construye un gran número de estas chalupas de vapor, de diversos tipos; lo esencialmente nuevo en ellas es la aplicación de un motor á vapor de nafta.

La nafta empleada tiene un peso específico de 0,68 á 0,70 (76 á 70° Baumé) y posee la propiedad de convertirse en vapor y condensarse en seguida mucho más fácilmente que el agua, de lo cual resulta que con una caldera de vapor de nafta puede obtenerse igual producción de fuerza que con otra mucho mayor de vapor de agua. Además, como la nafta sirve también de combustible para calentar la caldera, el hogar resulta en extremo sencillo. La máquina y la caldera ocupan, pues, mucho menos sitio, y son mucho más ligeras que las de vapor de agua.

En pocos minutos alcanza la caldera la presión necesaria; la llama del mechero se regula de antemano y no hay que ocuparse de ella una vez puesta en movimiento de lancha. Con el vapor de nafta se obtiene un efecto útil doble que con el vapor de agua, de modo que el consumo de nafta es insignificante, pudiendo las embarcaciones llevar provisión suficiente para veinticuatro horas de marcha. La nafta va desde el depósito colocado á proa hasta la caldera por medio de un tubo de cobre que corre á lo largo del fondo del barco, y el vapor, después de haber obrado sobre los pistones, se condensa en tubos tendidos al exterior y por debajo de la línea de flotación para volver luego al depósito. Gracias á esto, ni el sebo ni el humo ni el vapor molestan á los viajeros. La maniobra de la máquina se hace de una manera muy sencilla por medio de una rueda de mano. El casco de la lancha es de madera, hierro ó acero y no ofrece nada de particular; el motor es una máquina de vapor vertical, de tres cilindros, de simple efecto, transpuesta, con cambio de marcha por corredera, y ataca directamente el árbol de la hélice; va encerrado en una caja en donde penetra el vapor de escape de los cilindros. La máquina imprime á la barca una velocidad de siete á ocho nudos por hora y no exige de parte del que la conduce más atención que la vigilancia y engrase de las partes que se rozan.

Para poner en movimiento la lancha bastan, por lo menos en nuestros climas, cinco minutos á lo sumo. La parte central de la embarcación puede ser reservada para la carga útil. La calefacción no requiere ningún cuidado, y un solo hombre maniobra la máquina y gobierna la lancha. El consumo de nafta á una velocidad de siete á ocho millas es de 5,70 litros por hora, ó sea la parte de líquido destinada á combustible, pues la que sirve de fluido motor se condensa y sirve siempre sin pérdida sensible. Téngase en cuenta, sin embargo, que si se quema nafta es para simplificar el procedimiento, pues que de esta suerte un mismo líquido sirve de combustible y produce el vapor, pero nada impide emplear otro líquido combustible más barato.

El generador, que es la parte más delicada de una máquina, está perfectamente protegido contra las más activas causas de alteración: en su interior no puede formarse depósito ni incrustación alguna, y la temperatura de funcionamiento es tan poco elevada que impunemente puede colocarse la mano en la chimenea durante la marcha á toda fuerza.

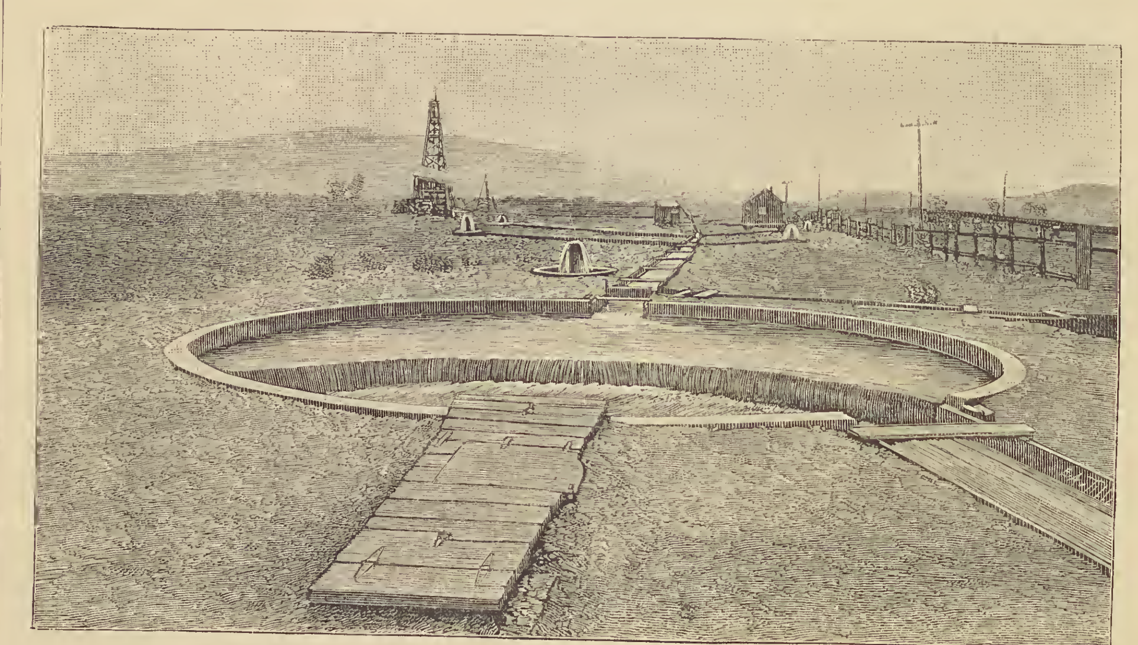


Fig. 2. - Pozo artesiano de los alrededores de Riverside (California). Estanque de aereación del agua

Los Sres. Escher Wyss construyen lanchas de dos tipos: el número 1, que puede contener de ocho á diez personas, tiene 5,50 metros de eslora, 1,30 de manga y 0,485 de calado; la máquina, de dos caballos, desarrolla una velocidad de 10 kilómetros por hora. El tipo número 2 es capaz para quince ó veinte personas y tiene 7,90 metros de eslora, 1,75 de manga y 0,535 de calado; su máquina es de cuatro caballos y su velocidad de 14 kilómetros por hora. El poco espacio que ocupa el motor permite que estas embarcaciones tengan sitio para llevar á bordo tantos pasajeros.

La máquina en cuestión, con ser muy interesante, no descansa en ningún principio nuevo, pues los motores que utilizan líquidos más volátiles que el agua son casi tan antiguos como la máquina de vapor. Artwrigth construyó en 1797 su máquina á vapor de alcohol que, á pesar de funcionar bien, no prosperó, probablemente porque con la imperfecta construcción de aquella época los escapes importantes de un vapor tan costoso debían ser causa de que el sistema resultara poco económico.

Varias veces se ha empleado también el éter y el sulfuro de carbono. Aunque inferior al vapor de agua en teoría, en la práctica, por lo menos para potencias muy limitadas, el empleo del hidrocarburo ofrece una ventaja real y positiva por la prontitud con que pueden disponerse las máquinas, por la relativa inmunidad de los generadores contra la corrosión y la alteración, y, además de esto, por la facilidad de transporte.

L. Knab

(De *La Nature*)

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard. - Grabado de Huyot

I



En el fondo, muy en el fondo de sus recuerdos, veíase Amadeo Violette un hombrecito peinado *á lo hijo de Eduardo*, asomado á un balcón de un piso quinto; adornado de volúbilis floridos: balcón que le parecía muy grande por ser él tan pequeño. Habíanle regalado con motivo de su santo ó de su cumpleaños una caja de pinturas para acuarela, y tendido boca abajo sobre una vieja alfombrilla, apasionadamente atento y humedeciendo de vez en cuando su pincel con los labios, iluminaba los grabados de un tomo descabalado del *Almacén Pintoresco*. En la habitación contigua á la de sus padres, cuyos vecinos tenían derecho á disfrutar de la mitad del balcón, tocaban al piano un vals de Marcailhou, titulado *Indiana*, por entonces muy de moda. Todo hombre nacido alrededor del año de 1845 que no sienta humedecerse sus ojos de lágrimas nostálgicas hojeando un antiguo volumen del *Almacén Pintoresco* ú oyendo en un piano desafinado destrozar el *Indiana* de Marcailhou, da prueba de muy poca sensibilidad.

Cuando el niño, cansado de iluminar las *carnes* de los rostros y de las manos de todos los personajes de las estampas, se levantaba y se ponía á mirar por entre los hierros del balcón, veía extenderse á derecha é izquierda, en una curva graciosa, la calle de Nuestra Señora de los Campos, una de las más tranquilas del barrio del Luxemburgo; calle á medio edificar, en donde las ramas de los árboles sobresalían sobre las cercas de madera de los jardines; tan tranquila y silenciosa que el transeunte solitario oía cantar á los pájaros enjaulados.

Esto acontecía en septiembre, después del mediodía, con unos horizontes extensos y puros, en los que se deslizaban con majestuosa lentitud grandes nubes, parecidas á montañas de plata.

De repente llamábale una voz dulce:

–Amadeo, tu padre va á volver de su oficina. Es necesario, niño mío, que te laves las manos para sentarte á la mesa.

Y su madre venía á buscarle al balcón.

¡Su madre, á quien había conocido tan poco! Le era preciso hacer un esfuerzo para evocarla entre la bruma de sus recuerdos: humilde y linda, pálida, con encantadores ojos azules, con la cabeza siempre inclinada hacia un lado, como si le pesaran sus admirables cabellos castaños, y sonriendo con esa sonrisa cansada y dolorosa, peculiar á los que tienen sus días contados.

Ella arreglaba el traje á su hijo, y le besaba en la frente después de haberle peinado. Luego ella misma ponía la mesa para comer, adornándola con algunas flores colocadas en un bonito vaso.



Entonces llegaba el padre de Amadeo, que no era por cierto ni perezoso ni exigente, y se esforzaba para presentarse alegre en su casa. Levantaba á su niño en alto, muy en alto, antes de besarle, exclamando: ¡Aupa!; y luego besaba



en los ojos á su joven esposa, estrechándola contra su pecho más de un minuto, y le preguntaba con inquieto interés:

– ¿Hoy no habrás tosido?

Ella contestaba siempre:

– No, muy poco, – pero bajando la cabeza como los niños que mienten.

El padre entonces se ponía su levita vieja, – si bien la que acababa de quitarse no era tampoco muy nueva, – y sentaba á Amadeo en su silla alta. La madre volvía de la cocina trayendo la sopera, y su marido, después de haber desdoblado la servilleta, se echaba detrás de la oreja el rebelde mechón de pelo del lado derecho, que le caía siempre sobre los ojos.

– Esta tarde hace mucho aire: ten cuidado con el balcón, Lucía; ponte un pañuelo, – decía M. Violette, mientras su mujer vertía el resto de una botella de agua en el tiesto de capuchinas.

– No, Pablo; te aseguro que no hace aire, – decía ella; – baja á Amadeo de la silla, y venid al balcón mientras se enfría la sopa.

Hacía fresco en la elevada terraza. El sol se había ocultado. Las grandes nubes parecían entonces montañas de oro, y un agradable olor á verdura subía de los jardines cercanos.

– Buenas noches, M. Violette, – decía de pronto una voz cordial. – Hace una noche muy hermosa.

Era el vecino M. Gerard, un grabador al buril, que salía al balcón á tomar el aire, después de haberse pasado todo el día encorvado sobre su tabla: un buen hombre, grueso, de aspecto infantil, calvo, de barba roja con mezcla de pelos blancos, con la chaqueta desabrochada, y que en seguida encendía su pipa de barro, que representaba la cabeza de Abd-el-Kader, muy ennegrecida, excepto el turbante y los ojos, que eran de esmalte blanco.

La mujer del grabador, una gordiflona de ojos alegres, no tardaba en reunirse con su marido, trayendo á sus dos niñas: una de ellas, la pequeña, tenía dos años menos que Amadeo; la otra, ya de diez, presentaba el aspecto de una persona formal: era la pianista que todos los días dedicaba una hora á destrozar el *Indiana* de Marcailhou.

Los niños charlaban á través de los hierros que separaban el balcón por mitad. Luisa, la niña mayor, que sabía leer, contaba á los pequeños, en voz baja, historias muy interesantes: José vendido por sus hermanos... Robinsón descubriendo huellas de pies humanos.

Amadeo, ahora ya con el cabello entrecano, recuerda aún el estremecimiento que sentía en el momento en que el lobo escondido debajo de las mantas de la *Abuela*, decía, rechinando los dientes, á la Caperucita encarnada: «Hago esto, hija mía, para mascarte mejor.»

Además, era de noche en la terraza: figuraos si esto sería terrible.

A aquella hora los vecinos apoyados en la barandilla del balcón daban rienda suelta á su locuacidad. La familia Violette, que era silenciosa, limitábase la mayor parte de las veces á escuchar á sus vecinos, sólo cambiando con ellos breves frases de atención, como por ejemplo: «¡Vaya!... ¡Es posible! Tiene usted mucha razón...» Pero á los Gerard gustábales hablar, y la señora Gerard, toda una mujer de su casa, suscitaba alguna cuestión de economía doméstica, como, por ejemplo, que había salido durante el día y visto en un almacén de la calle del Bac cierto merino muy barato y cumplido. Otras veces era el grabador, que haciendo política al estilo de entonces, aseguraba que era necesario aceptar la República: no la roja, sino la verdadera, la buena; ó que temía que Cavaignac fuese elegido presidente en el escrutinio de diciembre, si bien él siempre seguiría grabando (pues ante todo es vivir) un retrato del príncipe Luis Napoleón, destinado á la propaganda electoral. Los señores de Violette dejábanle hablar, y á veces ni siquiera atendían á la conversación, tomándose suavemente de las manos y contemplando las estrellas.

Estas hermosas noches de principio de otoño, tomando el fresco en el balcón, bajo el firmamento lleno de constelaciones, constituían los más lejanos recuerdos de Amadeo. Luego, abríase en su memoria una laguna, como si fuera un libro del que se arrancan bastantes hojas, y sólo se acordaba de sus días sombríos.

Había llegado el invierno, ya no se asomaban al balcón, y sólo se veía un cielo plomizo á través de las ventanas cerradas. La madre de Amadeo estaba enferma y permanecía siempre en cama, mientras que él, sentado al lado, delante de una mesita, se ocupaba en recortar con unas tijeras todos los húsares de una página de Epinal; y casi le asustaba su madre, apoyada con el codo sobre las almohadas, hundiendo en sus hermosos cabellos en desorden su mano flaca y crispada, señalándosela en las delgadas mejillas dos pequeñas manchas difuminadas de sombra y mirándole triste y fijamente.

Ya no venía ella como anteriormente á levantarle por la mañana de la cama, y sí una vieja asistenta, en jubón blanco, que no le besaba y que infestaba el cuarto de olor á tabaco rapé.

Su padre tampoco le hacía caso cuando volvía por la tarde, trayendo siempre frasquitos y paquetes de la botica. Algunas veces le acompañaba el médico, señor grueso y muy compuesto y perfumado, que jadeaba de cansancio por haber subido hasta un piso quinto. En una ocasión Amadeo había visto á este señor tomar en brazos á su madre sentada en la cama, y permanecer largo tiempo con la cabeza inclinada junto á la espalda de la enferma; por cierto que el niño habíala preguntado: «Mamá, ¿para qué hace eso?»

M. Violette, más nervioso que nunca, y echándose detrás de la oreja su mechón rebelde, acompañaba al médico hasta la puerta, deteniéndose á hablar con él. Amadeo, llamado por su madre, saltaba á la cama: ella fijaba en él sus ojos brillantes y le estrechaba contra su pecho apasionadamente, diciéndole con acento doloroso:

– ¡Amadeíto! ¡Mi pobre Amadeíto! – Como si se compadeciera de él. ¿Por qué?

Su padre volvía á entrar en el cuarto, sonriendo forzadamente de un modo que hacía daño.

– Y bien: ¿qué dice el doctor?

– Nada, nada. Estás mucho mejor. Sólo que, mi pobre Lucía, va á ser necesario ponerte esta noche otro vejigatorio.

¡Oh, qué lentos y monótonos pasan los días para Amadeíto, al lado de la cama de la enferma desfallecida, en aquel cuarto cerrado que huele á botica, en donde sólo entra de vez en cuando la vieja asistenta que toma polvo de tabaco, para traer una taza de tisana y poner carbón de piedra en la chimenea!

Alguna vez la vecina señora Gerard viene á ver á la enferma, y la pregunta cómo está.

– Siempre la misma debilidad, mi buena señora. ¡Ah! Empiezo á desalentarme, – contesta la enferma.

La señora Gerard, la gordiflona de ojos alegres, no halla motivo para este desaliento.

– ¡Qué quiere usted, señora Violette, – dice; – consiste en este maldito invierno que no acaba nunca! Pero pronto estaremos en marzo: ya se ven macetas de flores en las carretillas de los vendedores. Esté usted segura de que se mejorará con el primer rayo de sol caliente... Si usted quiere, llevaré á Amadeo á jugar con mis niñas... esto distraerá al pobrecillo.

Y con efecto, todas las tardes la buena vecina se lleva al niño, que se divierte mucho en casa de la familia Gerard. La habitación que ocupa ésta sólo se compone de cuatro piececitas, pero está adornada de pintorescos muebles antiguos, con grabados, molduras y diseños hechos en las paredes por los compañeros del grabador. Las puertas, siempre abiertas, permiten jugar y correr á los niños, que se persiguen de una en otra pieza, trastornándolo todo. En la sala, trasformada en taller, está el artista sentado en un taburete, con el punzón en la mano; y la luz, atenuada por el transparente que penetra por la ventana abierta, hace relucir la cabeza del buen hombre, inclinado sobre la tabla. Trabaja todo el día: ya se ve, una familia que sostener y dos hijas que educar pesan mucho; de modo que, no obstante sus opiniones avanzadas, continúa grabando su príncipe Luis, un farsante que va á escamotear la República. Dos ó tres veces, á lo más, interrumpe su trabajo para fumar su pipa de Abd-el-Kader. Nada le distrae de su tarea, ni los juegos de los pequeños que, cansados de golpear á seis manos en el ruinoso piano, vienen á organizar una partida de escondite cerca de él, detrás del canapé del tiempo del Imperio, adornado con cabezas de león de bronce. Pero la mamá Gerard, desde el fondo de la cocina, donde se ocupa en guisar alguna cosa apetitosa, advierte que los niños hacen demasiado ruido.



(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

EL LAZARILLO DE TORMES

grupo escultórico en barro, de D. Antonio Susillo

(Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890)

Entre las varias y por muchos conceptos notables obras que en la última Exposición de Bellas Artes tenía expuestas el notable escultor sevillano D. Antonio Susillo, llamaba preferentemente la atención el grupo en barro que representaba la escena que tan donosamente describe D. Diego Hurtado de Mendoza por boca del protagonista de su celebrada novela. Bien quería el pobre inválido poner su jarro de vino á salvo de traidores ataques; mas no le valían cuantas precauciones le dictaba su desconfianza, que á medida que ellas aumentaban crecían también la astucia y el ingenio de su infiel lazarillo para burlarlas.

Cualquiera que haya leído la *Vida del Lazarillo de Tormes* y comprendido en todo su valor el modo de ser de los personajes y el medio ambiente en que vivieron, tendrá que alabar forzosa é incondicionalmente la obra de Susillo, que tan bien ha sabido identificarse con uno y otro imprimiendo en sus dos figuras el verdadero carácter con que las concibió el incomparable literato granadino del siglo décimosexto.

FACSÍMILES DE DIBUJOS

de D. Federico de Madrazo, ejecutados en 1840

D. Pelegrín Clavé. – Nació este pintor de historia en Barcelona é hizo sus primeros estudios en las clases públicas que sostenía la Junta de Comercio, mereciendo que ésta le pensionara para pasar á perfeccionarse en Roma. Durante los diez años de su residencia en esta última ciudad pintó, entre otros, sus cuadros *El sueño de Elías* y *El Samaritano compadeciéndose del hombre que encontró herido*, que fueron digna correspondencia á los favores que le dispensó la Casa Lonja al facilitarle los medios para conquistarse envidiable renombre en el mundo del arte.

En empeñado concurso con reputados pintores franceses, italianos y de otras nacionalidades, obtuvo en 1845 el nombramiento de director de la Academia de Bellas Artes de Méjico, para donde partió á poco, no sin antes haber dejado en Madrid y Barcelona nuevas obras dignas de su fama. Enumerar lo que hizo en aquella capital americana sería tarea, aunque interesante, sobrado larga; baste saber que cuando Clavé llegó á ella no había escuela alguna en donde se enseñaran las Bellas Artes, y que al salir de allí dejó una Academia sin rival en América y superior á muchas de las que florecían en Europa.

En 1868 regresó á España, siendo nombrado académico de la de Bellas Artes de Barcelona y obteniendo de parte de sus paisanos una cariñosa y entusiasta acogida, digna de su esclarecido talento. Desde entonces hasta su muerte, acaecida en Roma en 1880, apenas se dedicó á la pintura, consagrándose casi exclusivamente á ser mecenas y consejero de los artistas catalanes que escuchaban con gusto sus observaciones y le profesaban cariñoso afecto, y á prestar su valioso concurso á las Academias de Bellas Artes y de Ciencias naturales y Artes en todos los trabajos, tanto puramente artísticos como en los de artes aplicadas á la industria.

Entre sus principales obras, además de las citadas, podemos mencionar las siguientes: *Jacob, El profeta Daniel, Últimos momentos de Doña Juana la Loca, Doña Isabel la Católica en el monasterio de Avila rehusando la oferta de la corona.* De este lienzo, que figuró dignamente en la Exposición de Madrid de 1845 y que mereció grandes elogios en la Universal de París de 1855, dijo un célebre crítico que era notable por el carácter de época, lo correcto del dibujo y la expresión de los afectos que agitan á los personajes de la composición.

Clavé pintó, además, gran número de retratos y dibujó infinidad de estudios y academias.

D. Manuel Vilar. – Como Clavé, nació Vilar en Barcelona (1812) y estudió en las clases de la Junta de Comercio, obteniendo repetidos premios. Después de dos años de asidua y útil ocupación en el estudio del profesor Campeny, hizo en 1833 oposición á una plaza de pensionado en Roma, ejecutando en los ejercicios el *Juicio de Daniel en Babilonia*, obra que le valió el apetecido premio. Desde Roma, en donde al principio se puso bajo la dirección de D. Antonio Solá, envió á la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, además de varias notables copias, las esculturas originales *Jasón conquistando el vellocino de oro, Letona pidiendo agua á los inhumanos labradores de Licia* (bajo relieve) y el grupo *Neso y Deyanira*.

En 1841 fué nombrado teniente director de la Escuela de Barcelona, y aunque aceptó el derecho de ocupar la vacante que dejase Campeny, renunció el destino para proseguir en Roma sus trabajos, terminando entonces los dos celebrados grupos *Un niño* y *Una niña jugando con perros*.

En 1845 partió con Clavé á Méjico para ponerse al frente de la Academia de San Carlos, muriendo allí en noviembre de 1860.

Doña Marina, Motezuma, Tlahuicotl combatiendo sobre la piedra de los sacrificios, Estatua colosal de Cristóbal Colón, San Carlos acogiendo á un joven bajo su amparo, Divino Pastor, etcétera, etc., son obras que honran al malogrado escultor catalán.

D. Claudio Lorenzale. – Hijo de Barcelona y alumno de la Escuela de Bellas Artes, estudió en Roma con gran aprovechamiento los grandes maestros, y tuvo, á su regreso á España, la honra de ser nombrado académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando. Fué desde 1871 á 1877 director de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, ciudad en donde falleció en 1889, dejando su muerte un gran vacío en el mundo artístico. Fué el único artista español que asistió al centenario de Miguel Angel que se celebró en Florencia en 1877, y publicó con esta ocasión una notable Memoria.

Entre las obras principales de don Claudio Lorenzale figuran: *Los esponsales de Berenguer IV con Petronila de Aragón, El Príncipe de Viana y la reina su madrastra, San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, Las cuatro estaciones, Otgero catalánico, El Cid, un Retrato del Rey D. Alfonso XII* para la Universidad de Barcelona, y otra porción de cuadros históricos y religiosos, amén de numerosos y bellos dibujos para vidrieras, platería y grabado.

Estaba condecorado con la encomienda de Isabel la Católica.

D. Joaquín Espalter. – En 1809 nació en Sitjes, y desde muy joven estudió en la Casa Lonja de Barcelona, pasando después á París á continuar sus estudios bajo la dirección del barón Gross y más tarde á Roma. En 1843 fué nombrado académico de mérito de la Real de Nobles Artes de San Fernando, y luego fué profesor de dibujo del antiguo y ropajes en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, académico de número de la de San Fernando y pintor honorario de cámara de S. M. desde 1846.

Falleció en Madrid en 1880, mereciendo que la Academia de San Fernando dedicara en sus actas sentidas frases á su memoria, y dejando á la posteridad un nombre esclarecido y una herencia artística tan rica como variada. Citemos entre otras las siguientes obras suyas: *Retrato de D. Buenaventura C. Aribau, Santa Ana dando lección á Nuestra Señora, Una pasiega, Una Virgen, Gaiteros napolitanos, Retrato de D. Pascual Madoz, Un pastor italiano, Sansón, Retrato de S. M. Doña Isabel II, El descubrimiento de América*, los frescos de los techos de los palacios de los Sres. de Buschental y Bárcenas, los de las salas de la Presidencia del Palacio del Congreso, el gran techo del paraninfo de la Universidad Central, *La Era cristiana, Santa Cristina, El Redentor, Dar de beber al sediento*, los retratos de *S. M. D. Alfonso XII* para la Academia de San Fernando, los de *D. Laureano Figuerola, Amador de los Ríos*, y otros.

Estaba en posesión de la gran cruz de Isabel la Católica.

LA CATA DEL VINO

cuadro de D. José Benlliure

Es nuestro distinguido compatriota de los pintores que conciben con inteligencia, observan con atención y no común espíritu analítico, y trasladan al lienzo lo concebido y lo observado, no sólo con fidelidad, sino con toques de color y de impresión que acusan su preclaro talento.

Ahí está para confirmar plenamente nuestros asertos su hermoso cuadro de costumbres valencianas *La cata del vino*. La estancia sumida en el fondo en una semiobscuridad hábilmente entendida para derramar mayor luz en el grupo principal del lienzo; los accesorios que la pueblan dispuestos con inteligente acierto, y sobre todo las siete figuras que se agrupan en torno de vieja mesa ocupadas en la delicada tarea de dar su parecer, ó mejor dicho, de escuchar el que acerca de los vinos catados emita el presidente de la reunión, forman un conjunto de bellezas bastante á acreditar una firma, si ésta, como de Benlliure, no estuviese ya sobradamente acreditada.

Esta hermosa pintura, una de las más recientes del reputado artista valenciano, fué adquirida, apenas terminada, para una importante galería particular de Nueva York. Felicitemos á los neoyorkinos que pueden admirar tan primorosa joya.

LA ÚLTIMA HORA DE LA JORNADA

cuadro de D. Baldomero Galofre

El sol ilumina con sus postreros rayos la extensa llanura inundando el espacio con aquellos brillantes fulgores que antes de terminar su diurna carrera lanza sobre la tierra el astro del día; melancólica quietud, preludio de la triste soledad de la noche, invade la campiña; la naturaleza se prepara al descanso. También la infeliz labradora, después de fatigosa jornada, se encamina hacia la humilde aldea que á lo lejos se vislumbra, llevando sobre sus hombros la pesada carga y en el alma el ansia de llegar pronto al pobre hogar donde la esperan con no menores deseos los pedazos de su corazón, por quienes tan resignadamente soporta la cruz que la dura ley del trabajo le impone.

¡Cuán poético resulta este asunto tratado por el pincel de Galofre! ¡Cuánto sentimiento encierra *La última hora de la jornada!* ¡Cuán apacible calma respira el hermoso paisaje! Y á pesar de toda esta poesía y de todo este sentimiento, el cuadro de nuestro querido colaborador resulta perfectamente ajustado á las tendencias del realismo moderno; que la realidad ofrece también, y en no escaso número, espectáculos que, traspasando la esfera de los sentidos, hacen vibrar las más delicadas fibras de nuestro sér.

¡Felices los artistas que como D. Baldomero Galofre saben hacer sentir con sólo pintar lo que tan bien han sabido ver!

NOTICIAS VARIAS

LOS INGLESES EN VENEZUELA. – Según dice la *Opinión Nacional* de Caracas, los ingleses se disponen á avanzar más de lo que hasta ahora lo han hecho en el territorio de la Guayana venezolana. Mr. Hugo Watt, individuo del Parlamento inglés, ha obtenido, al parecer, una concesión de 25.000 millas al Oeste del río Amacuro para explotarlas por medio de una Compañía industrial organizada en Inglaterra.

El Amacuro desemboca en el Orinoco á pocas millas de la Punta Barina, ocupada, desde hace cuatro años, por funcionarios de la colonia Demerara. Haciendo arrancar de este punto las millas de terreno concedidas á Mr. Watt, resulta que el nuevo *avance* llega á la región aurífera del Caratal.

La *Opinión Nacional* dice sobre este asunto:

«El despojo hecho á Venezuela de 20.000 leguas á partir de las fronteras de derecho con la Guayana inglesa, está confirmado oficialmente, cuando el resto de la República mide tan sólo poco más de 15.000 leguas. De suerte que si consentimos en los deslindes de Demerara, que cada año decreta nuevas ordenanzas, que poco á poco extienden su jurisdicción, la República habrá perdido los tercios de su territorio.

¡Y á todo esto permanecemos con los brazos cruzados, haciendo protestas ante el mundo entero contra el despojo de nuestros derechos territoriales... y nada más!»

***

FERROCARRIL TRANSCONTINENTAL SUD-AMERICANO. – Con gran actividad se llevan á cabo los trabajos del ferrocarril entre Chile y la República Argentina que, atravesando la cordillera de los Andes, creará una vía férrea desde el Atlántico al Pacífico. Diez y nueve años hace que se dió comienzo á estos trabajos que, según general creencia, quedarán terminados á principios del año 1892. Este ferrocarril termina por un lado en Buenos Aires y por otro en Valparaíso. Una gran parte de los rieles está ya sentada en una extensión de 149 millas; el paso de los Andes se verifica en el Cumbre, situado á 13.015 pies sobre el nivel del mar; el camino de hierro, sin embargo, no llega á esta altura, sino que atraviesa la montaña por medio de un túnel de 3 millas de largo á una elevación de 10.450 pies; los trabajos de perforación de este túnel deben empezar el año que viene, dándose comienzo á ellos por Antuco.

Recientemente ha llegado á Talcahuano (Chile) un vapor con el primer cargamento de material para el ferrocarril transandino, cuya concesión ha sido otorgada á un sindicato europeo.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

POESÍAS, por doña Carolina Valencia. – Esta distinguida poetisa palentina acaba de publicar una bellísima colección de poesías precedida de un prólogo de doña Emilia Pardo Bazán. El favorable juicio que esta escritora ilustre formula sobre las composiciones en el libro contenidas, nos releva de entrar en pormenores acerca de ellas; sólo diremos que el sentimiento palpita en todas y que abundan en pensamientos ora delicados, como en *Las hojas secas*, ora elevados, como en *A España*, ora sublimes como en *A Dios...* – Véndese este libro al precio de 2 *pesetas* en Madrid, librería de Sanmartín, Puerta del Sol 6, y en las principales de provincias.

**

A NUESTROS SUSCRIPTORES

En el próximo número publicaremos un precioso artículo de doña Emilia Pardo Bazán, titulado *La calavera*, y un estudio de D. José Echegaray sobre *El petróleo y el carbón*.

ENTUSIASMO ARTÍSTICO, dibujos de A. Scheiner

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartín, núm. 16, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN